

La vida es sueño

Por

Pedro Calderón de la Barca

***Free*editorial** 

Personas que hablan en ella:

ROSAURA, dama

SEGISMUNDO, príncipe

CLOTALDO, viejo

ESTRELLA, infanta

SOLDADOS

CLARÍN, gracioso

BASILIO, rey

ASTOLFO, príncipe

GUARDAS

MÚSICO

Jornada primera

Sale en lo alto de un monte ROSAURA en hábito de hombre, de camino, y en representando los primeros versos va bajando.

ROSAURA:

Hipogrifo violento,
que corriste parejas con el viento,
¿dónde rayo sin llama, pájaro sin matiz, pez
sin escama
y bruto sin instinto
natural, al confuso laberinto de esas desnudas peñas
te desbocas, te arrastras y despeñas? Quédate en este
monte, donde tengan los brutos su Faetonte que yo,
sin más camino que el que me dan las leyes del
destino, ciega y desesperada, bajaré la cabeza
enmarañada deste monte eminente que arruga el sol
el ceño de la frente. Mal, Polonia, recibes a un
extranjero, pues con sangre escribes su entrada en tus
arenas; y apenas llega, cuando llega a penas. Bien mi
suerte lo dice; mas ¿dónde halló piedad un infelice?

Sale CLARÍN, gracioso:

Di dos, y no me dejes en la posada a mí cuando te
quejes; que si dos hemos sido los que de nuestra
patria hemos salido a probar aventuras, dos los que
entre desdichas y locuras aquí habemos llegado, y
dos los que del monte hemos rodado, ¿no es razón
que yo sienta meterme en el pesar y no en la
cuenta?

ROSAURA:

No quise darte parte en mis quejas, Clarín, por no
quitarte, llorando tu desvelo, el derecho que tienes
al consuelo; que tanto gusto había en quejarse, un
filósofo decía, que, a trueco de quejarse,

habían las desdichas de buscarse.

CLARÍN:

El filósofo era un borracho barbón. ¡Oh, quién le diera más de mil bofetadas! Quejarse después de muy bien dadas. Mas ¿qué haremos, señora, a pie, solos, perdidos y a esta hora en un desierto monte, cuando se parte el sol a otro horizonte?

ROSAURA:

¡Quién ha visto sucesos tan extraños! Mas si la vista no padece engaños que hace la fantasía, a la medrosa luz que aún tiene el día me parece que veo un edificio.

CLARÍN:

O miente mi deseo, o termino
las señas.

ROSAURA:

Rústico nace entre desnudas peñas un palacio tan breve que el sol apenas a mirar se atreve; con tan rudo artificio la arquitectura está de su edificio que parece, a las plantas de tantas rocas y de peñas tantas que al sol tocan la lumbre, peñasco que ha rodado de la cumbre.

CLARÍN:

Vámonos acercando; que éste es mucho mirar,
señora, cuando es mejor que la gente

que habita en ella generosamente nos admita.

ROSAURA:

La puerta
(mejor diré funesta boca) abierta está, y desde su centro nace la noche, pues la engendra dentro.
(Suenan ruidos de cadenas).

CLARÍN:

¡Qué es lo que escucho, cielo!

ROSAURA:

Inmóvil bulto soy de fuego y yelo.

CLARÍN:

Cadenita hay que suena. Mátenme, si no es
galeote en pena; bien mi temor lo dice.

Dentro SEGISMUNDO:

SEGISMUNDO:

¡Ay mísero de mí! ¡Y ay infelice!

ROSAURA:

¡Qué triste voz escucho!
Con nuevas penas y tormentos lucho.

CLARÍN:

Yo con nuevos temores.

ROSAURA:

Clarín...

CLARÍN

Señora...

ROSAURA:

Huigamos los rigores desta
encantada torre.

CLARÍN:

Yo aún no tengo ánimo de huir, cuando a eso
vengo.

ROSAURA:

¿No es breve luz aquella caduca exhalación,
pálida estrella, que en trémulos desmayos,
pulsando ardores y latiendo rayos, hace más
tenebrosa la obscura habitación con luz dudosa?
Sí, pues a sus reflejos puedo determinar (aunque
de lejos) una prisión obscura
que es de un vivo cadáver sepultura; y porque más
me asombre, en el traje de fiera yace un hombre
de prisiones cargado, y sólo de la luz acompañado.
Pues huir no podemos, desde aquí sus desdichas
escuchemos; sepamos lo que dice.

(Descúbrese SEGISMUNDO con una cadena y a la luz, vestido de pieles).

SEGISMUNDO:

¡Ay mísero de mí! ¡Y ay infelice! Apurar,
cielos, pretendo ya que me tratáis así, qué
delito cometí contra vosotros naciendo;
aunque si nací, ya entiendo qué delito he
cometido. Bastante causa ha tenido vuestra
justicia y rigor;
pues el delito mayor del hombre es
haber nacido. Sólo quisiera saber, para
apurar mis desvelos (dejando a una
parte, cielos, el delito de nacer), qué
más os pude ofender, para castigarme
más. ¿No nacieron los demás?
Pues si los demás nacieron, ¿qué
privilegios tuvieron que yo no gocé
jamás? Nace el ave, y con las galas
que le dan belleza suma, apenas es flor
de pluma, o ramillete con alas cuando
las etéreas salas corta con velocidad,
negándose a la piedad del nido que
deja en calma: ¿y teniendo yo más
alma, tengo menos libertad? Nace el
bruto, y con la piel que dibujan
manchas bellas, apenas signo es de
estrellas, gracias al docto pincel,
cuando, atrevido y crüel, la humana
necesidad le enseña a tener crueldad,
monstruo de su laberinto ¿y yo con
mejor distinto tengo menos libertad?
Nace el pez, que no respira, aborto de
ovas y lamas, y apenas bajel de
escamas sobre las ondas se mira,
cuando a todas partes gira, midiendo la
inmensidad de tanta capacidad
como le da el centro frío: ¿y yo con más
albedrío tengo menos libertad? Nace el
arroyo, culebra que entre flores se desata, y
apenas, sierpe de plata, entre las flores se
quiebra, cuando músico celebra de las
flores la piedad que le dan la majestad, el
campo abierto a su ida: y teniendo yo más
vida tengo menos libertad? En llegando a

esta pasión un volcán, un Etna hecho,
quisiera sacar del pecho pedazos del
corazón. ¿Qué ley, justicia o razón negar a
los hombres sabe privilegio tan süave,
excepción tan principal, que Dios le ha
dado a un cristal, a un pez, a un bruto y a
un ave?

ROSAURA:

Temor y piedad en mí sus razones
han causado.

SEGISMUNDO:

¿Quién mis voces ha escuchado? ¿Es Clotaldo?

CLARÍN:

(Aparte)

(Di que sí).

ROSAURA:

No es sino un triste, ¡ay de mí! que en estas
bóvedas frías
oyó tus melancolías. (Ásela).

SEGISMUNDO:

Pues la muerte te daré, porque no sepas
que sé, que sabes flaquezas mías. Sólo
porque me has oído, entre mis
membrudos brazos te tengo de hacer
pedazos.

CLARÍN:

Yo soy sordo, y no he podido escucharte.

ROSAURA:

Si has nacido humano, baste el
postrarme a tus pies para librarme.

SEGISMUNDO:

Tu voz pudo enternecerme, tu presencia
suspenderme, y tu respeto turbarme. ¿Quién
eres? Que aunque yo aquí tan poco del
mundo sé, que cuna y sepulcro fue esta torre

para mí; y aunque desde que nací (si esto es nacer) sólo advierto este rústico desierto, donde miserable vivo, siendo un esqueleto vivo, siendo un animado muerto; y aunque nunca vi ni hablé sino a un hombre solamente que aquí mis desdichas siente, por quien las noticias sé de cielo y tierra; y aunque aquí, porque más te asombres y monstruo humano me nombres, entre asombros y quimeras, soy un hombre de las fieras, y una fiera de los hombres; y aunque en desdichas ta[n] graves la política he estudiado, de los brutos enseñado, advertido de las aves, y de los astros süaves los círculos he medido, tú sólo, tú, has suspendido la pasión a mis enojos, la suspensión a mis ojos, la admiración al oído. Con cada vez que te veo nueva admiración me das, y cuando te miro más aun más mirarte deseo. Ojos hidrópicos creo que mis ojos deben ser; pues cuando es muerte el beber, beben más, y desta suerte, viendo que el ver me da muerte, estoy muriendo por ver. Pero véate yo y muera; que no sé, rendido ya, si el verte muerte me da, el no verte qué me diera. Fuera, más que muerte fiera, ira, rabia y dolor fuerte; fuera muerte; desta suerte su rigor he ponderado, pues dar vida a un desdichado es dar a un dichoso muerte.

ROSAURA:

Con asombro de mirarte, con admiración de oírte, ni sé qué pueda decirte, ni qué pueda preguntarte. Sólo diré que a esta parte hoy el cielo me ha guiado para haberme consolado, si consuelo puede ser, del que es desdichado, ver a otro que es más desdichado. Cuentan de un sabio, que un día tan pobre y mísero estaba, que sólo se sustentaba de unas yerbas que comía. ¿Habrá otro -entre sí decíamás pobre y triste que yo? Y

cuando el rostro volvió halló la respuesta, viendo que iba otro sabio cogiendo las hojas que él arrojó. Quejoso de la fortuna yo en este mundo vivía, y cuando entre mí decía: ¿Habrá otra persona alguna de suerte más importuna?, piadoso me has respondido; pues volviendo en mi sentido, hallo que las penas mías, para hacerlas tú alegrías, las hubieras recogido. Y por si acaso mis penas pueden aliviarte en parte, óyelas atento, y toma las que dellas me sobren. Yo soy...

CLOTALDO:

(Dentro CLOTALDO)

Guardas desta torre, que, dormidas o cobardes, disteis paso a dos personas que han quebrantado la cárcel...

ROSAURA:

Nueva confusión padezco.

SEGISMUNDO:

Éste es Clotaldo, mi alcaide.

Aún no acaban mis desdichas.

CLOTALDO:

(Dentro).

... acudid, y vigilantes, sin que puedan defenderse, o prendeldes o mataldes.

TODOS.

(Dentro).

¡Traición!

CLARÍN:

Guardas desta torre, que entrar aquí nos dejasteis, pues que nos dais a escoger, el prendernos es más fácil.

Sale CLOTALDO con escopeta, y SOLDADOS, todos con los rostros cubiertos.

CLOTALDO:

Todos os cubrid los rostros; que es diligencia importante mientras estamos aquí que no nos conozca naide.

CLARÍN:

¿Enmascaraditos hay?

CLOTALDO:

¡Oh vosotros, que ignorantes de aqueste vedado sitio coto y término pasasteis contra el decreto del Rey, que manda que no ose nadie examinar el prodigio que entre estos peñascos yace! ¡Rendid las armas y vidas, o aquesta pistola, áspid de metal, escupirá el veneno penetrante de dos balas, cuyo fuego será escándalo del aire!

SEGISMUNDO:

Primero, tirano dueño, que los ofendas y agravies, será mi vida despojo destos lazos miserables; pues en ellos, vive Dios, tengo de despedazarme con las manos, con los dientes, entre aquestas peñas, antes que su desdicha consienta y que lllore sus ultrajes.

CLOTALDO:

Si sabes que tus desdichas, Segismundo, son tan grandes, que antes de nacer moriste por ley del cielo; si sabes que aquestas prisiones son de tus furias arrogantes un freno que las detenga y una rienda que las pare, ¿por qué blasonas? La puerta cerrad desa estrecha cárcel; escondelde en ella. (Ciérranle la puerta, y dice dentro) SEGISMUNDO:

¡Ah cielos, qué bien hacéis en quitarme la libertad! Porque fuera contra vosotros gigante, que, para quebrar al sol esos vidrios y cristales,

sobre cimientos de piedra pusiera
montes de jaspe.

CLOTALDO:

Quizá porque no los pongas, hoy padeces
tantos males.

ROSAURA:

Ya que vi que la soberbia te ofendió
tanto, ignorante fuera en no pedirte
humilde vida que a tus plantas yace.
Muévate en mí la piedad; que será
rigor notable que no hallen favor en ti
ni soberbias ni humildades.

CLARÍN:

Y si Humildad y Soberbia no te
obligan, personajes que han movido y
removido mil autos sacramentales, yo,
ni humilde ni soberbio, sino entre las
dos mitades entreverado, te pido que
nos remedies y ampare.

CLOTALDO:

¡Hola!

SOLDADOS.

Señor...

CLOTALDO:

A los dos quitad las armas, y ataldes
los ojos, porque no vean cómo ni de
dónde salen.

ROSAURA:

Mi espada es ésta, que a ti solamente ha
de entregarse, porque, al fin, de todos
eres el principal, y no sabe rendirse a
menos valor.

CLARÍN:

La mía es tal, que puede darse al más ruin;
tomadla vos.

ROSAURA:

Y si he de morir, dejarte quiero, en la fe
desta piedad, prenda que pudo estimarse
por el dueño que algún día se la ciñó.
Que la guardes te encargo, porque
aunque yo no sé qué secreto alcance, sé
que esta dorada espada encierra
misterios grandes; pues sólo fiado en
ella vengo a Polonia a vengarme de un
agravio.

CLOTALDO:

(Aparte)

(¡Santos cielos! ¿Qué es esto? Ya son más
graves mis penas y confusiones, mis ansias y
mis pesares) ¿Quién te la dio?

ROSAURA:

Una mujer.

CLOTALDO:

¿Cómo se llama?

ROSAURA:

Que calle su nombre es
fuerza.

CLOTALDO:

¿De qué
infieres agora, o sabes, que hay secreto en
esta espada?

ROSAURA:

Quien me la dio, dijo: «Parte a Polonia,
y solicita con ingenio, estudio o arte,
que te vean esa espada los nobles y
principales; que yo sé que alguno dellos
te favorezca y ampare»; que por si acaso
era muerto no quiso entonces nombrarle.

CLOTALDO:

(Aparte)

(¡Válgame el cielo! ¿Qué escucho? Aun no sé determinarme si tales sucesos son ilusiones o verdades. Esta espada es la que yo dejé a la hermosa Violante, por señas que el que ceñida la trujera, había de hallarme amoroso como hijo, y piadoso como padre.

Pues ¿qué he de hacer, ¡ay de mí!, en confusión semejante, si quien la trae por favor para su muerte la trae, pues que sentenciado a muerte llega a mis pies? ¡Qué notable confusión! ¡Qué triste hado! ¡Qué suerte tan inconstante! Éste es mi hijo, y las señas dicen bien con las señales del corazón, que por verle llama el pecho, y en él bate las alas, y no pudiendo romper los candados, hace lo que aquel que está encerrado, y oyendo ruido en la calle se asoma por la ventana: y él así, como no sabe lo que pasa, y oye el ruido, va a los ojos a asomarse, que son ventanas del pecho por donde en lágrimas sale. ¿Qué he de hacer? ¡Válgame el cielo! ¿Qué he de hacer? Porque llevarle al Rey es llevarle, ¡ay triste!, a morir, pues ocultarle al Rey no puedo, conforme a la ley del homenaje. De una parte el amor propio, y la lealtad de otra parte me rinden. Pero ¿qué dudo? ¿La lealtad al Rey no es antes que la vida y que el honor?

Pues ella viva y él falte. Fuera de que, si ahora atiendo a que dijo que a vengarse viene de un agravio, hombre que está agraviado, es infame. No es mi hijo, no es mi hijo, ni tiene mi noble sangre. Pero si ya ha sucedido un peligro de quien nadie se libró, porque el honor es de materia tan fácil que con una acción se quiebra o se mancha con un aire, ¿qué más puede hacer, qué más el que es noble de su parte, que a costa de tantos riesgos haber venido a buscarle? Mi hijo es, mi sangre tiene, pues tiene valor tan grande; y así, entre una y otra duda, el medio más importante es irme al Rey, y decirle que es mi hijo, y que le mate. Quizá la misma piedad de mi honor podrá obligarle; y si le merezco vivo, yo le ayudaré a vengarse de su agravio. Mas si el Rey, en

sus rigores constante, le da muerte,
morirá sin saber que soy su padre) Venid
conmigo, extranjeros. No ternáis, no, de
que os falte compañía en las desdichas;
pues en duda semejante de vivir o de
morir, no sé cuáles son más grandes.
(Vanse)

Sale por una parte ASTOLFO con acompañamiento de soldados, y por otra ESTRELLA con damas. Suena música.

ASTOLFO:

Bien al ver los excelentes rayos, que
fueron cometas, mezclan salvas diferentes
las cajas y las trompetas, los pájaros y las
fuentes; siendo con música igual, y con
maravilla suma, a tu vista celestial, unos,
clarines de pluma, y otras, aves de metal; y
así os saludan, señora, como a su reina las
balas, los pájaros como a Aurora, las
trompetas como a Palas, y las flores como
a Flora; porque sois, burlando el día, que
ya la noche destierra, Aurora en el alegría,
Flora en paz, Palas en guerra, y reina en el
alma mía.

ESTRELLA:

Si la voz se ha de medir con las acciones
humanas, mal habéis hecho en decir
finezas tan cortesanas, donde os pueda
desmentir todo ese marcial trofeo con
quien ya atrevida lucho; pues no dicen,
según creo, las lisonjas que os escucho,
con los rigores que veo. Y advertid que
es baja acción, que sólo a una fiera toca,
madre de engaño y traición, el halagar
con la boca y matar con la intención.

ASTOLFO:

Muy mal informada estáis,
Estrella, pues que la fe
de mis finezas dudáis, y os suplico
que me oigáis la causa, a ver si la sé.
Falleció Eustorgio tercero,

Rey de Polonia, quedó Basilio por heredero, y dos hijas, de quien yo y vos nacimos. No quiero cansar con lo que no tiene lugar aquí. Clorilene, vuestra madre y mi señora, que en mejor imperio agora dosel de luceros tiene, fue la mayor, de quien vos sois hija. Fue la segunda, madre y tía de los dos, la gallarda Recisunda, que guarde mil años Dios. Casó en Moscovia, de quien nací yo. Volver agora al otro principio es bien. Basilio, que ya, señora, se rinde al común desdén del tiempo, más inclinado a los estudios que dado a mujeres, enviudó sin hijos; y vos y yo aspiramos a este estado. Vos alegáis que habéis sido hija de hermana mayor; yo, que varón he nacido, y aunque de hermana menor, os debo ser preferido. Vuestra intención y la mía a nuestro tío contamos. Él respondió que quería componernos, y aplazamos este puesto y este día. Con esta intención salí de Moscovia y de su tierra; con ésta llegué hasta aquí, en vez de haceros yo guerra, a que me la hagáis a mí. ¡Oh, quiera Amor, sabio dios, que el vulgo, astrólogo cierto, hoy lo sea con los dos, y que pare este concierto en que seáis reina vos, pero reina en mi albedrío, dándoos, para más honor, su corona nuestro tío, sus triunfos vuestro valor, y su imperio el amor mío!

ESTRELLA:

A tan cortés bazaría menos mi pecho no muestra, pues la imperial monarquía, para sólo hacerla vuestra, me holgara que fuese mía; aunque no está satisfecho mi amor de que sois ingrato si en cuanto decís, sospecho que os desmiente ese retrato que está pendiente del pecho.

ASTOLFO:

Satisfaceros intento con él... Mas
lugar no da tanto sonoro
instrumento, que avisa que sale ya
el Rey con su parlamento.

Tocan, y sale el Rey BASILIO, viejo y acompañamiento.

ESTRELLA:

Sabio Tales...

ASTOLFO:

Docto Euclides...

ESTRELLA: que entre
signos...

ASTOLFO: que entre
estrellas...

ESTRELLA: hoy
gobiernas...

ASTOLFO: hoy
resides...

ESTRELLA: y sus
caminos...

ASTOLFO: sus
huellas...

ESTRELLA: describes...

ASTOLFO: tasas y
mides...

ESTRELLA: deja que en humildes
lazos...

ASTOLFO: deja que en tiernos
abrazos...

ESTRELLA: yedra dese tronco
sea...

ASTOLFO: rendido a tus pies me
vea.

BASILIO:

Sobrinos, dadme los brazos, y creed, pues
que leales a mi precepto amoroso, venís
con afectos tales, que a nadie deje quejoso,
y los dos quedéis iguales. Y así, cuando
me confieso rendido al prolijo peso, sólo
os pido en la ocasión silencio, que
admiración ha de pedirla el suceso. Ya
sabéis (estadme atentos amados sobrinos
míos, corte ilustre de Polonia, vasallos,
deudos y amigos), ya sabéis que yo en el
mundo por mi ciencia he merecido el
sobrenombre de docto; pues, contra el
tiempo y olvido, los pinceles de Timantes
los mármoles de Lisipo, en el ámbito del
orbe me aclaman el gran Basilio. Ya sabéis
que son las ciencias que más curso y más
estimo, matemáticas sutiles, por quien al
tiempo le quito, por quien a la fama rompo
la jurisdicción y oficio de enseñar más
cada día; pues cuando en mis tablas miro
presentes las novedades de los venideros
siglos, le gano al tiempo las gracias de
contar lo que yo he dicho. Esos círculos de
nieve, esos doseles de vidrio, que el sol
ilumina a rayos,
que parte la luna a giros, esos orbes de
diamantes, esos globos cristalinos, que
las estrellas adornan y que campean los
signos, son el estudio mayor de mis
años, son los libros donde en papel de
diamante, en cuadernos de zafiros,
escribe con líneas de oro, en caracteres
distintos, el cielo nuestros sucesos, ya
adversos o ya benignos. Éstos leo tan
veloz, que con mi espíritu sigo sus
rápidos movimientos por rumbos y por
caminos. ¡Pluguiera al cielo, primero
que mi ingenio hubiera sido de sus

márgenes comento y de sus hojas
registro, hubiera sido mi vida el
primero desperdicio de sus iras, y que
en ellas mi tragedia hubiera sido,
porque de los infelices aun el mérito es
cuchillo, que a quien le daña el saber,
homicida es de sí mismo! Dígalo yo,
aunque mejor lo dirán sucesos míos,
para cuya admiración otra vez silencio
os pido. En Clorilene, mi esposa, tuve
un infelice hijo, en cuyo parto los
cielos se agotaron de prodigios, antes
que a la luz hermosa le diese el
sepulcro vivo
de un vientre, porque el nacer y el morir son
parecidos. Su madre infinitas veces, entre ideas
y delirios del sueño, vio que rompía sus
entrañas atrevido un monstruo en forma de
ho[m]bre, y entre su sangre teñido le daba
muerte, naciendo víbora humana del siglo
Llegó de su parto el día, y los presagios
cumplidos (porque tarde o nunca son
mentirosos los impíos), nació en horóscopo tal,
que el sol, en su sangre tinto, entraba
sañudamente con la luna en desafío; y siendo
valla la tierra los dos faroles divinos a luz
entera luchaban, ya que no a brazo partido. El
mayor, el más horrendo eclipse que ha
padecido el sol, después que con sangre lloró la
muerte de Cristo, éste fue, porque, anegado el
orbe entre incendios vivos, presumió que
padecía el último parasismo. Los cielos se
escorecieron, temblaron los edificios, llovieron
piedras las nubes, corrieron sangre los ríos. En
este mísero, en este mortal planeta o signo,
nació Segismundo dando de su condición
indicios, pues dio la muerte a su madre,
con cuya fiereza dijo: «Ho[m]bre soy, pues que
ya empiezo a pagar mal beneficios.» Yo,
acudiendo a mis estudios, en ellos y en todo miro
que Segismundo sería el hombre más atrevido, el
príncipe más crüel y el monarca más impío, por
quien su reino vendría a ser parcial y diviso,
escuela de las traiciones y academia de los vicios;

y él, de su furor llevado, entre asombros y delitos,
había de poner en mí las plantas, y yo rendido a
sus pies me había de ver (¡con qué congoja lo
digo!) siendo alfombra de sus plantas las canas
del rostro mío. ¿Quién no da crédito al daño, y
más al daño que ha visto en su estudio, donde
hace el amor propio su oficio? Pues dando crédito
yo a los hados, que adivinos me pronosticaban
daños en fatales vaticinios, determiné de encerrar
la fiera que había nacido, por ver si el sabio tenía
en las estrellas dominio. Publicóse que el Infante
nació muerto; y, prevenido, hice labrar una torre
entre las peñas y riscos desos montes, donde
apenas la luz ha hallado camino,
por defenderle la entrada sus rústicos
obeliscos. Las graves penas y leyes, que
con públicos editos declararon que
ninguno entrase a un vedado sitio del
monte, se ocasionaron de las causas que
os he dicho. Allí Segismundo vive
miserio, pobre y cautivo, adonde sólo
Clotaldo le ha hablado, tratado y visto.
Éste le ha enseñado ciencias; éste en la
ley le ha instruido católica, siendo solo
de sus miserias testigo. Aquí hay tres
cosas: la una que yo, Polonia, os estimo
tanto que os quiero librar de la opresión
y servicio de un rey tirano, porque no
fuera señor benigno el que a su patria y
su imperio pusiera en tanto peligro. La
otra es considerar que si a mi sangre le
quito el derecho que le dieron humano
fuero y divino, no es cristiana caridad;
pues ninguna ley ha dicho que por
reservar yo a otro de tirano y de atrevido,
pueda yo serlo, supuesto que si es tirano
mi hijo, porque él delitos no haga, vengo
yo a hacer los delitos. Es la última y
tercera el ver cuánto yerro ha sido dar
crédito fácilmente
a los sucesos previstos; pues aunque su
inclinación le dicte sus precipicios, quizá
no le vencerán, porque el hado más
esquivo, la inclinación más violenta, el

planeta más impío, sólo el albedrío
inclinan, no fuerzan el albedrío. Y así, entre
una y otra causa vacilante y discursivo,
previne un remedio tal que os suspenda los
sentidos. Yo he de ponerle mañana sin que
él sepa que es mi hijo y rey vuestro, a
Segismundo (que aqueste su nombre ha
sido) en mi dosel, en mi silla, y, en fin, en
el lugar mío, donde os gobierne y os
mande, y donde todos rendidos la
obediencia le juréis; pues con aquesto
consigo tres cosas, con que respondo a las
otras tres que he dicho. Es la primera, que
siendo prudente, cuerdo y benigno,
desmintiendo en todo al hado que dél tantas
cosas dijo, gozaréis el natural príncipe
vuestro, que ha sido cortesano de unos
montes, y de sus fieras vecino. Es la
segunda, que si él, soberbio, osado,
atrevido y crüel, con rienda suelta corre el
campo de sus vicios, habré yo piadoso
entonces con mi obligación cumplido;
y luego en desposeerle haré como rey
invicto, siendo el volverle a la cárcel no
crueldad, sino castigo. Es la tercera, que
siendo el príncipe como os digo, por lo
que os amo, vasallos, os daré reyes más
dignos de la corona y el cetro, pues serán
mis dos sobrinos; juntando en uno el
derecho de los dos, y convenidos con la
fe del matrimonio tendrán lo que han
merecido. Esto como rey os mando, esto
como padre os pido, esto como sabio os
ruego, esto como anciano os digo; y si el
Séneca español que era humilde esclavo,
dijo, de su república un rey, como
esclavo os lo suplico.

ASTOLFO:

Si a mí el responder me toca, como el
que en efeto ha sido aquí el más
interesado, en nombre de todos digo
que Segismundo parezca pues le basta
ser tu hijo.

TODOS:

Danos al príncipe nuestro, que ya por
rey le pedimos.

BASILIO:

Vasallos, esa fineza os agradezco y
estimo. Acompañad a sus cuartos a
los dos atlantes míos, que mañana le
veréis.

TODOS.

¡Viva el grande rey Basilio!
(Éntranse todos)

Antes que se entre el REY salen CLOTALDO, ROSAURA y CLARÍN, y [CLOTALDO]
detiene al REY.

CLOTALDO:

¿Podréte hablar?

BASILIO:

¡Oh Clotaldo, tú seas muy bien
venido!

CLOTALDO:

Aunque viniendo a tus pla[n]tas es fuerza
el haberlo sido, esta vez rompe, señor, el
hado triste y esquivo, el privilegio a la ley,
y a la costumbre el estilo.

BASILIO:

¿Qué tienes?

CLOTALDO:

Una desdicha, señor, que me ha
sucedido, cuando pudiera tenerla por
el mayor regocijo.

BASILIO:

Prosigue.

CLOTALDO:

Este bello joven,

osado o inadvertido, entró en la torre,
señor, adonde al Príncipe ha visto, y
es...

BASILIO:

No te aflijas, Clotaldo. Si otro día
hubiera sido, confieso que lo sintiera;
pero ya el secreto he dicho, y no importa
que él lo sepa, supuesto que yo lo digo.
Vedme después porque tengo muchas
cosas que advertiros, y muchas que
hagáis por mí; que habéis de ser, os
aviso, instrumento del mayor suceso que
el mundo ha visto; y a esos presos,
porque al fin no presumáis que castigo
descuidos vuestros, perdono. (Vase)

CLOTALDO:

¡Vivas, gran señor, mil siglos! (Aparte)
(Mejoró el cielo la suerte. Ya no diré
que es mi hijo, pues que lo puedo
excusar) Extranjeros peregrinos, libres
estáis.

ROSAURA:

Tus pies beso mil veces.

CLARÍN:

Y yo los viso que una letra más o
menos no reparan dos amigos.

ROSAURA:

La vida, señor, me has dado; y pues a
tu cuenta vivo, eternamente seré
esclavo tuyo.

CLOTALDO:

No ha sido vida la que yo te he dado,
porque un hombre bien nacido, si está
agraviado, no vive; y supuesto que has
venido a vengarte de un agravio, según tú
propio me has dicho, no te he dado vida
yo, porque tú no la has traído; que vida
infame no es vida.

ROSAURA:

(Aparte)

(Bien con aquesto le animo) Confieso
que no la tengo, aunque de ti la recibo;
pero yo con la venganza dejaré mi
honor tan limpio, que pueda mi vida
luego, atropellando peligros, parecer
dádiva tuya.

CLOTALDO:

Toma el acero bruñido que trujiste; que
yo sé que él baste, en sangre teñido de
tu enemigo, a vengarte; porque acero
que fue mío (digo este instante, este rato
que en mi poder le he tenido) sabrá
vengarte.

ROSAURA:

En tu nombre segunda vez me le
ciño, y en él juro mi venganza,
aunque fuese mi enemigo más
poderoso.

CLOTALDO:

¿Eslo mucho?

ROSAURA:

Tanto que no te lo digo; no porque de tu
prudencia mayores cosas no fío, sino
porque no se vuelva contra mí el favor
que admiro en tu piedad.

CLOTALDO:

Antes fuera ganarme a mí con decirlo;
pues fuera cerrarme el paso de ayudar
a tu enemigo.

ROSAURA:

(Aparte)

(¡Oh, si supiera quién es!) Porque no
pienses que estimo tan poco esa
confianza, sabe que el contrario ha sido
no menos que Astolfo, duque de
Moscovia.

CLOTALDO:

(Aparte) (Mal resisto el dolor, porque es más grave que fue imaginado, visto)
Apuremos más el caso. Si moscovita has nacido, el que es natural señor mal agraviarte ha podido. Vuélvete a tu patria, pues, y deja el ardiente brío que te despeña.

ROSAURA:

Yo sé que, aunque mi príncipe ha sido, pudo agraviarme.

CLOTALDO:

No pudo, aunque pusiera, atrevido,
la mano en tu rostro.

ROSAURA:

(Aparte)
(¡Ay cielos!)
Mayor fue el agravio mío.

CLOTALDO:

Dilo ya, pues que no puedes decir más que yo imagino.

ROSAURA:

Sí dijera; mas no sé con qué respeto te miro, con qué afecto te venero, con qué estimación te asisto, que no me atrevo a decirte que es este exterior vestido enigma, pues no es de quien parece.
Juzga advertido, si no soy lo que parezco, Astolfo a casarse vino con Estrella, si podrá agraviarme. Harto te he dicho.

(Vanse ROSAURA y CLARÍN)

CLOTALDO:

¡Escucha, aguarda, detente! ¿Qué confuso laberinto es éste, donde no puede hallar la razón el hilo? Mi honor es el agraviado,

poderoso el enemigo, yo vasallo, ella
mujer. Descubra el cielo camino; aunque
no sé si podrá, cuando en tan confuso
abismo es todo el cielo un presagio, y es
todo el mundo un prodigio.

Jornada segunda

Salen el REY BASILIO y CLOTALDO.

CLOTALDO:

Todo, como lo mandaste, queda efetuado.

BASILIO:

Cuenta, Clotaldo, cómo pasó.

CLOTALDO:

Fue, señor, desta manera. Con la apacible bebida que de confecciones llena hacer mandaste, mezclando la virtud de algunas hierbas, cuyo tirano poder y cuya secreta fuerza así al humano discurso priva, roba y enajena, que deja vivo cadáver a un hombre, y cuya violencia, adormecido, le quita los sentidos y potencias... (No tenemos que argüir que aquesto posible sea, pues tantas veces, señor, nos ha dicho la experiencia, y es cierto, que de secretos naturales está llena la medicina, y no hay animal, planta ni piedra que no tenga calidad determinada; y si llega a examinar mil venenos la humana malicia nuestra que den la muerte, ¿qué mucho que, templada su violencia, pues hay venenos que maten, haya venenos que aduerman? Dejando aparte el dudar si es posible que suceda, pues que ya queda probado con razones y evidencias..). con la bebida, en efeto, que el opio, la adormidera y

el beleño compusieron, bajé a la
cárcel estrecha de Segismundo; con
él hablé un rato de las letras
humanas que le ha enseñado la
muda naturaleza de los montes y los
cielos,

y en cuya divina escuela la retórica
aprendió de las aves y las fieras. Para
levantarle más el espíritu a la empresa
que solicitas, tomé por asumpto la
presteza de un águila caudalosa que,
despreciando la esfera del viento,
pasaba a ser, en las regiones supremas
del fuego, rayo de pluma, o desasido
cometa. Encarecí el vuelo altivo,
diciendo: «Al fin eres reina de las
aves, y así a todas es justo que te
prefieras.»

Él no hubo menester más, que en tocando
esta materia de la majestad, discurre con
ambición y soberbia; porque en efecto la
sangre le incita, mueve y alienta a cosas
grandes, y dijo: «¡Que en la república
inquieta de las aves también haya quien
les jure la obediencia! En llegando a este
discurso mis desdichas me consuelan;
pues, por lo menos, si estoy sujeto, lo
estoy por fuerza, porque voluntariamente
a otro hombre no me rindiera.» Viéndole
ya enfurecido con esto, que ha sido el
tema de su dolor, le brindé con la pócima
y, apenas pasó desde el vaso al pecho el
licor, cuando las fuerzas rindió al sueño,
discurriendo por los miembros y las venas
un sudor frío, de modo que a no saber yo
que era muerte fingida, dudara de su vida.
En esto llegan las gentes de quien tú fías
el valor desta experiencia, y poniéndole
en un coche hasta tu cuarto le llevan,
donde prevenida estaba la majestad y
grandeza que es digna de su persona. Allí
en tu cama le acuestan, donde al tiempo
que el letargo haya perdido la fuerza,
como a ti mismo, señor, le sirvan, que así

lo ordenas. Y si haberte obedecido te obliga a que yo merezca galardón, sólo te pido (perdona mi inadvertencia) que me digas qué es tu intento, trayendo desta manera a Segismundo a palacio.

BASILIO:

Clotaldo, muy justa es esa duda que tienes, y quiero sólo a vos satisfacerla. A Segismundo, mi hijo, el influjo de su estrella (vos lo sabéis) amenaza mil desdichas y tragedias. Quiero examinar si el cielo (que no es posible que mienta, y más habiéndonos dado de su rigor tantas muestras en su crüel condición) o se mitiga o se temple por lo menos, y vencido con valor y con prudencia se desdice; porque el hombre predomina en las estrellas. Esto quiero examinar, trayéndole donde sepa que es mi hijo y donde haga de su talento la prueba. Si magnánimo se vence reinará; pero si muestra el ser crüel y tirano, le volveré a su cadena. Agora preguntará que para aquesta experiencia ¿qué importó haberle traído dormido desta manera? Y quiero satisfacerte dándote a todo respuesta. Si él supiera que es mi hijo hoy, y mañana se viera segunda vez reducido a su prisión y miseria, cierto es de su condición que desesperara en ella; porque sabiendo quién es ¿qué consuelo habrá que tenga? Y así he querido dejar abierta al daño esta puerta del decir que fue soñado cuanto vio. Con esto llegan a examinarse dos cosas. Su condición la primera; pues él despierto procede en cuanto imagina y piensa. Y el consuelo la segunda; pues aunque agora se vea obedecido, y después a sus prisiones se vuelva, podrá entender que soñó, y hará bien cuando lo entienda, porque en el mundo, Clotaldo, todos los que viven sueñan.

CLOTALDO:

Razones no me faltaran para probar
que no aciertas. Mas ya no tiene
remedio; y según dicen las señas,
parece que ha despertado, y hacia
nosotros se acerca.

BASILIO:

Yo me quiero retirar. Tú, como ayo
suyo, llega, y de tantas confusiones
como su discurso cercan le saca con
la verdad.

CLOTALDO:

En fin, ¿que me das licencia para que lo
diga?

BASILIO:

Sí; que podrá ser, con saberla, que,
conocido el peligro, más fácilmente
se venza.

Vase, sale CLARÍN.

CLARÍN:

(Aparte) (A costa de cuatro palos que
el llegar aquí me cuesta de un
alabardero rubio que barbó de su
librea, tengo que ver cuanto pasa; que
no hay ventana más cierta que aquélla
que, sin rogar a un ministro de boletas,
un hombre se trae consigo; pues para
todas las fiestas despojado y despejado
se asoma a su desvergüenza).

CLOTALDO:

(Aparte) (Éste es Clarín, el criado de aquélla,
¡ay cielos!, de aquélla que, tratante de
desdichas, pasó a Polonia mi afrenta).
Clarín, ¿qué hay de nuevo?

CLARÍN: Hay, señor, que tu gran
clemencia dispuesta a vengar agravios

de Rosaura, la aconseja que tome su propio traje.

CLOTALDO:

Y es bien, porque no parezca liviandad.

CLARÍN:

Hay que, mudando su nombre y tomando, cuerda, nombre de sobrina tuya, hoy tanto honor se acrecienta que dama en palacio ya de la singular Estrella vive.

CLOTALDO:

Es bien que de una vez tome su honor por mi cuenta.

CLARÍN:

Hay que ella se está esperando que ocasión y tiempo venga en que vuelvas por su honor.

CLOTALDO:

Prevención segura es ésta; que al fin el tiempo ha de ser quien haga esas diligencias.

CLARÍN:

Hay que ella está regalada, servida como una reina, en fe de sobrina tuya. Y hay que, viviendo con ella, estoy yo muriendo de hambre, y naide de mí se acuerda, sin mirar que soy Clarín, y que si el tal clarín suena, podrá decir cuanto pasa al Rey, a Astolfo y a Estrella; porque clarín y criado son dos cosas que se llevan con el secreto muy mal; y podrá ser, si me deja el silencio de su mano, se cante por mí esta letra: Clarín que rompe el albor no suena mejor.

CLOTALDO:

Tu queja está bien fundada; yo satisfaceré tu queja, y en tanto sírvenme a mí.

CLARÍN:

Pues ya Segismundo llega.

Salen músicos cantando, y criados, dando de vestir a SEGISMUNDO, que sale como asombrado.

SEGISMUNDO:

¡Válgame el cielo, qué veo!

¡Válgame el cielo, qué miro! Con poco espanto lo admiro, con mucha duda lo creo.

¿Yo en palacios suntuosos? ¿Yo entre telas y brocados? ¿Yo cercado de criados tan lucidos y briosos? ¿Yo despertar de dormir en lecho tan excelente? ¿Yo en medio de tanta gente que me sirva de vestir? Decir que sueño es engaño; bien sé que despierto estoy.

¿Yo Segismundo no soy?

Dadme, cielos, desengaño. Decidme:

¿qué pudo ser esto que a mi fantasía sucedió mientras dormía, que aquí me he llegado a ver? Pero sea lo que fuere, ¿quién me mete en discurrir? Dejarme quiero servir, y venga lo que viniere.

CRIADO 2:

¡Qué melancólico está!

CRIADO 1:

Pues ¿a quién le sucediera esto, que no lo estuviera?

CLARÍN:

A mí.

CRIADO 2:

Llega a hablarle ya.

CRIADO 1:

¿Volverán a cantar?

SEGISMUNDO:

No, no quiero que canten más.

CRIADO 2:

Como tan suspenso estás, quise divertirte.

SEGISMUNDO:

Yo no tengo de divertir con sus voces
mis pesares; las músicas militares
sólo he gustado de oír.

CLOTALDO:

Vuestra Alteza, gran señor me dé su
mano a besar; que el primero le ha de
dar esta obediencia mi honor.

SEGISMUNDO:

(Aparte) Clotaldo es; pues ¿cómo así
quien en prisión me maltrata con tal
respeto me trata?
¿Qué es lo que pasa por mí?

CLOTALDO:

Con la grande confusión que el
nuevo estado te da, mil dudas
padecerá el discurso y la razón.
Pero ya librarte quiero

de todas, si puede ser, porque has,
señor, de saber que eres príncipe
heredero de Polonia. Si has estado
retirado y escondido, por obedecer ha
sido a la inclemencia del hado, que
mil tragedias consiente a este imperio,
cuando en él el soberano laurel corone
tu augusta frente. Mas fiando a tu
atención que vencerás las estrellas,
porque es posible vencellas a un
magnánimo varón, a palacio te han
traído de la torre en que vivías,
mientras al sueño tenías el espíritu
rendido. Tu padre, el Rey mi señor,
vendrá a verte, y dél sabrás,
Segismundo, lo demás.

SEGISMUNDO:

Pues vil, infame y traidor, ¿qué tengo más que saber, después de saber quién soy, para mostrar desde hoy mi soberbia y mi poder? ¿Cómo a tu patria le has hecho tal traición, que me ocultaste a mí, pues que me negaste, contra razón y derecho, este estado?

CLOTALDO:

¡Ay de mí triste!

SEGISMUNDO:

Traidor fuiste con la ley, lisonjero con el Rey, y crüel conmigo fuiste; y así el Rey, la ley y yo, entre desdichas tan fieras, te condenan a que mueras a mis manos.

CRIADO 2:

Señor...

SEGISMUNDO: No

me estorbe nadie, que es vana diligencia; y ¡vive Dios! si os ponéis delante vos, que os eche por la ventana.

CRIADO 1:

Huye, Clotaldo.

CLOTALDO:

¡Ay de ti, que soberbia vas mostrando, sin saber que estás soñando! (Vase).

CRIADO 2:

Advierte...

SEGISMUNDO:

Apartad de aquí.

CRIADO 2:

... que a su Rey obedeció.

SEGISMUNDO:

En lo que no es justa ley no ha de obedecer al Rey; y tu príncipe era

yo.

CRIADO 2:

El no debió examinar si era bien hecho o mal hecho.

SEGISMUNDO:

Que estáis mal co[n] vos, sospecho, pues me dais que replicar.

CLARÍN:

Dice el Príncipe muy bien, y vos hicistes muy mal.

CRIADO 1:

¿Quién os dio licencia igual?

CLARÍN:

Yo me la he tomado.

SEGISMUNDO:

¿Quién eres tú?, di.

CLARÍN:

Entremetido, y deste oficio soy jefe, porque soy el mequetrefe mayor que se ha conocido.

SEGISMUNDO:

Tú solo en tan nuevos mundos me has agradado.

CLARÍN:

Señor,
soy un grande agradador de todos los Segismundos.

Sale ASTOLFO.

ASTOLFO:

¡Feliz mil veces el día, oh Príncipe, que os mostráis, sol de Polonia, y llenáis de resplandor y alegría todos estos

horizontes con tan divino arrebol, pues
que salís como el sol de debajo de los
montes! Salid, pues, y aunque tan tarde
se corona vuestra frente del laurel
resplandeciente, tarde muera.

SEGISMUNDO:

Dios os guarde.

ASTOLFO:

El no haberme conocido sólo por disculpa
os doy de no honrarme más. Yo soy
Astolfo, duque he nacido de Moscovia, y
primo vuestro; haya igualdad en los dos.

SEGISMUNDO:

Si digo que os guarde Dios,
¿bastante agrado no os muestro? Pero ya
que, haciendo alarde de quien sois, desto os
quejáis, otra vez que me veáis le diré a Dios
que no os guarde.

CRIADO 2:

(A ASTOLFO).

Vuestra Alteza considere que como en
montes nacido con todos ha procedido.

(ASEGISMUNDO:)

Astolfo, señor, prefiere

SEGISMUNDO:

Cansóme cómo llegó grave a hablarme; y
lo primero que hizo, se puso el sombrero.

CRIADO 2:

Es grande.

SEGISMUNDO:

Mayor soy yo.

CRIADO 2:

Con todo eso, entre los dos que haya
más respeto es bien que entre los
demás.

SEGISMUNDO:

¿Y quién os mete conmigo a vos?

Sale ESTRELLA.

ESTRELLA:

Vuestra Alteza, señor, sea muchas veces bien venido al dosel, que agradecido le recibe y le desea, adonde, a pesar de engaños, viva augusto y eminente, donde su vida se cuente por siglos, y no por años.

SEGISMUNDO:

Dime tú agora, ¿quién es esta beldad soberana? ¿Quién es esta diosa humana, a cuyos divinos pies postra el cielo su arbol?
¿Quién es esta mujer bella?

CLARÍN:

Es, señor, tu prima Estrella.

SEGISMUNDO:

Mejor dijeras el sol. Aunque el parabién es bien darme del bien que conquisto, de sólo haberos hoy visto os admito el parabién; y así, del llegarme a ver con el bien que no merezco, el parabién agradezco, Estrella; que amanecer podéis, y dar alegría al más luciente farol. ¿Qué dejáis que hacer al sol si os levantáis con el día? Dadme a besar vuestra mano, en cuya copa de nieve el aura candores bebe.

ESTRELLA:

Sed más galán cortesano.

ASTOLFO:

(Aparte) Si él toma la mano, yo soy perdido.

CRIADO 2:

(Aparte) El pesar sé de Astolfo, y le
estorbaré. Advierte, señor, que no es
justo atreverte así, y estando
Astolfo...

SEGISMUNDO:

¿No digo que vos no os metáis conmigo?

CRIADO 2:

Digo lo que es justo.

SEGISMUNDO:

A mí todo eso me causa enfado. Nada me
parece justo en siendo contra mi gusto.

CRIADO 2:

Pues yo, señor, he escuchado de ti que
en lo justo es bien obedecer y servir.

SEGISMUNDO:

También oíste decir que por un
balcón, a quien me canse, sabré
arrojar.

CRIADO 2:

Con los hombres como yo no puede
hacerse eso.

SEGISMUNDO:

¿No?

¡Por Dios, que lo he de probar!

(Cógele en los brazos y éntrese, y todos tras él, y torna a salir).

ASTOLFO:

¿Qué es esto que llego a ver?

ESTRELLA:

Llegad todos a ayudar. (Vase).

SEGISMUNDO:

Cayó del balcón al mar.

¡Vive Dios que pudo ser!

ASTOLFO:

Pues medid con más espacio vuestras acciones
severas; que lo q[ue] hay de hombres a fieras
hay desde un monte a palacio.

SEGISMUNDO:

Pues en dando tan severo en hablar con
entereza, quizá no hallaréis cabeza en que
se os tenga el sombrero.

Vase ASTOLFO y sale el REY.

BASILIO:

¿Qué ha sido esto?

SEGISMUNDO:

Nada ha sido
A un hombre que me ha cansado de ese balcón
he arrojado.

CLARÍN:

Que es el Rey está advertido.

BASILIO:

¿Tan presto una vida cuesta
tu venida el primer día?

SEGISMUNDO:

Díjome que no podía hacerse, y gané la
apuesta.

BASILIO:

Pésame mucho que cuando, Príncipe, a
verte he venido, pensando hallarte
advertido, de hados y estrellas triunfando,
con tanto rigor te vea, y que la primera
acción que has hecho en esta ocasión un
grave homicidio sea. ¿Con qué amor llegar
podré a darte ahora mis brazos, si de sus
soberbios lazos, que están enseñados sé a
dar muerte? ¿Quién llegó a ver desnudo el
puñal que dio una herida mortal, que no
temiese? ¿Quién vio sangriento el lugar,

adonde a otro hombre dieron muerte, que no sienta? Que el más fuerte a su natural responde. Yo así, que en tus brazos miro desta muerte el instrumento, y miro el lugar sangriento de tus brazos me retiro; y, aunque en amorosos lazos ceñir tu cuello pensé, sin ellos me volveré, que tengo miedo a tus brazos.

SEGISMUNDO:

Sin ellos me podré estar como me he estado hasta aquí, que un padre que contra mí tanto rigor sabe usar que con condición ingrata de su lado me desvía, como a una fiera me cría y como a un monstruo me trata, y mi muerte solicita, de poca importancia fue que los brazos no me dé, cuando el ser de ho[m]bre me quita.

BASILIO:

Al cielo y a Dios pluguiera que a dártele no llegara; pues ni tu voz escuchara, ni tu atrevimiento viera.

SEGISMUNDO:

Si no me le hubieras dado, no me quejara de ti; pero una vez dado, sí por habérmele quitado; que aunque el dar el acción es más noble y más singular, es mayor bajeza dar, para quitarlo después.

BASILIO:

¡Bien me agradeces el verte, de un humilde y pobre preso, príncipe ya!

SEGISMUNDO:

Pues en eso

¿qué tengo que agradecerte? Tirano de mi albedrío, si viejo y caduco estás muriéndote, ¿qué me das?

¿Dasme más de lo que es mío?

Mi padre eres y mi rey; luego toda esta grandeza me da la naturaleza por derechos de su

ley. Luego, aunq[ue] esté en este estado,
obligado no te quedo, y pedirte cuentas puedo
del tiempo que me has quitado libertad, vida y
honor; y así, agradéceme a mí que yo no cobre
de ti, pues eres tú mi deudor.

BASILIO:

Bárbaro eres y atrevido; cumplió su
palabra el cielo; y así, para él mismo
apelo, soberbio, desvanecido. Y aunque
sepas ya quién eres, y desengañado estés,
y aunque en un lugar te ves donde a todos
te prefieres, mira bien lo que te advierto:
que seas humilde y blando, porque quizá
estás soñando, aunque ves que estás
despierto. (Vase).

SEGISMUNDO:

¿Que quizá soñando estoy, aunque
despierto me veo? No sueño, pues toco y
creo lo que he sido y lo que soy. Y
aunque ahora te arrepientas, poco
remedio tendrás; sé quién soy, y no
podrás, aunque suspires y sientas,
quitarme el haber nacido desta corona
heredero;
y si me viste primero a las prisiones
rendido, fue porque ignoré quién era. Pero
ya informado estoy de quién soy; y sé que
soy un compuesto de hombre y fiera.

Sale ROSAURA, dama.

ROSAURA:

Siguiendo a Estrella vengo, y gran temor de hallar
a Astolfo tengo; que Clotaldo desea que no sepa
quién soy, y no me vea, porque dice que importa al
honor mío; y de Clotaldo fío su efeto; pues le debo
agradecida aquí el amparo de mi honor y vida.

CLARÍN:

¿Qué es lo que te ha agradado más de cuanto hoy has
visto y admirado?

SEGISMUNDO:

Nada me ha suspendido, que todo lo tenía prevenido;
mas si admirar hubiera algo en el mundo, la hermosura
fuera de la mujer. Leía una vez en los libros que tenía,
que lo que a Dios mayor estudio debe era el hombre,
por ser un mundo breve. Mas ya que lo es recelo la
mujer, pues ha sido un breve cielo; y más beldad
encierra que el hombre, cuanto va de cielo a tierra; y
más si es la que miro.

ROSAURA:

El Príncipe está aquí; yo me retiro.

SEGISMUNDO:

Oye, mujer, detén-te. No juntes el ocaso y el
oriente, huyendo al primer paso; que juntando
el oriente y el ocaso, la lumbre y sombra fría,
serás sin duda sín-copa del día.

(Aparte) Pero ¿qué es lo que veo?

ROSAURA:

(Aparte)

Lo mismo que estoy viendo, dudo y creo.

SEGISMUNDO:

(Aparte) Yo he visto esta belleza
otra vez.

ROSAURA:

(Aparte)

Yo, esta pompa, esta grandeza he visto
reducida a una estrecha prisión.

SEGISMUNDO:

(Aparte)

(Ya hallé mi vida). Mujer, que aqueste nombre es el
mejor requiebro para el hombre ¿quién eres? Que sin
verte adoración me debes; y de suerte por la fe te
conquistó que me persuado a que otra vez te he visto.
¿Quién eres, mujer bella?

ROSAURA:

(Aparte)

(Disimular me importa). Soy de
Estrella una infelice dama.

SEGISMUNDO:

No digas tal; di el sol, a cuya llama aquella estrella vive, pues de tus rayos resplandor recibe. Yo vi en reino de olores que presidía entre comunes flores la deidad de la rosa; y era su emperatriz por más hermosa. Yo vi entre piedras finas de la docta academia de sus minas preferir el diamante, y ser su emperador por más brillante. Yo en esas cortes bellas de la inquieta república de estrellas vi en el lugar primero por rey de las estrellas el lucero. Yo en esferas perfectas, llamando el sol a cortes los planetas, le vi que presidía como mayor oráculo del día. Pues ¿cómo, si entre flores, entre estrellas, piedras, signos, planetas, las más bellas prefieren, tú has servido la de menos beldad, habiendo sido por más bella y hermosa, sol, lucero, diamante, estrella y rosa?

Sale CLOTALDO.

CLOTALDO:

(Aparte)

A Segismundo reducir deseo, porque en fin lo he criado. Mas ¿qué veo?

ROSAURA:

Tu favor reverencio. Respóndate retórico el silencio; cuando tan torpe la razón se halla, mejor habla, señor, quien mejor calla.

SEGISMUNDO:

No has de ausentarte, espera. ¿Cómo quieres dejar desamanebrada a oscuras mi sentido?

ROSAURA:

Esta licencia a Vuestra Alteza pido.

SEGISMUNDO:

Irte con tal violencia no es pedir, es tomarte la licencia.

ROSAURA:

Pues, si tú no la das, tomarla espero.

SEGISMUNDO:

Harás que de cortés pase a grosero; porque la resistencia es veneno crüel de mi paciencia.

ROSAURA:

Pues cuando ese veneno, de furia, de rigor
y saña lleno, la paciencia venciera, mi
respeto no osara, ni pudiera.

SEGISMUNDO:

Sólo por ver si puedo harás que pierda a tu hermosura
el miedo, que soy muy inclinado a vencer lo
imposible. Hoy he arrojado dese balcón a un hombre
que decía
que hacerse no podía; y así, por ver si puedo,
cosa es llana que arrojaré tu honor por la
ventana.

CLOTALDO:

(Aparte)

Mucho se va empeñando.
¿Qué he de hacer, cielos, cuando tras un loco
deseo mi honor segunda vez a riesgo veo?

ROSAURA:

No en vano prevenía
a este reino infeliz tu tiranía escándalos tan fuertes de
delitos, traiciones, iras, muertes. Mas ¿qué ha de hacer
un hombre, que de humano no tiene más que el nombre
atrevido, inhumano, crüel, soberbio, bárbaro y tirano,
nacido entre las fieras?

SEGISMUNDO:

Porque tú ese baldón no me dijeras tan cortés me
mostraba, pensando que con esto te obligaba;
mas, si lo soy hablando deste modo, has de
decirlo, ¡vive Dios!, por todo. ¡Hola!, dejadnos
solos, y esa puerta se cierre y no entre nadie.

Vase CLARÍN.

ROSAURA:

(Aparte)

Yo soy muerta.

Advierte...

SEGISMUNDO:

Soy tirano, y ya pretendes, reducirme en vano.

CLOTALDO:

(Aparte)

¡Oh qué lance tan fuerte!

Saldré a estorbarlo, aunque me dé la muerte. Señor, atiende, mira.

SEGISMUNDO:

Segunda vez me has provocado a ira, viejo caduco y loco.

¿Mi enojo y mi rigor tienes en poco? ¿Cómo hasta aquí has llegado?

CLOTALDO:

De los acentos desta voz llamado, a decirte que seas más apacible, si reinar deseas; y no, por verte ya de todos dueño, seas crüel, porque quizá es un sueño.

SEGISMUNDO:

A rabia me provocas, cuando la luz del desengaño tocas. Veré, dándote muerte, si es sueño o si es verdad.

(Al ir a sacar la daga, se la tiene CLOTALDO y se arrodilla).

CLOTALDO:

Yo desta suerte librar mi vida espero.

SEGISMUNDO:

Quita la osada mano del acero.

CLOTALDO:

Hasta que gente venga, que tu rigor y cólera detenga, no he de soltarte.

ROSAURA:

¡Ay, cielos!

SEGISMUNDO:

Suelta, digo,
caduco, loco, bárbaro, enemigo, o será
desta suerte (Luchan).
el darte agora entre mis brazos muerte.

ROSAURA:
¡Acudid todos presto, que
matan a Clotaldo! (Vase).

Sale ASTOLFO a tiempo que cae CLOTALDO a sus pies, y él se pone en medio.

ASTOLFO:
Pues ¿qué es esto, príncipe
generoso?
¿Así se mancha acero tan brío en una sangre
helada?
Vuelva a la vaina tu lucida espada.

SEGISMUNDO:
En viéndola teñida en esa
infame sangre.

ASTOLFO:
Ya su vida tomó a mis pies sagrado; y de algo ha de
servirme haber llegado.

SEGISMUNDO:
Sírdate de morir; pues desta suerte también sabré
vengarme con tu muerte de aquel pasado enojo.

ASTOLFO:
Yo defendiendo mi vida; así la majestad no
ofendo.

Sacan las espadas, y sale[n] el REY BASILIO y ESTRELLA.

CLOTALDO:
No le ofendas, señor.

BASILIO:
Pues ¿aquí espadas?

ESTRELLA:
(Aparte)

Astolfo es. ¡Ay de mí, penas airadas!

BASILIO:

Pues, ¿qué es lo que ha pasado?

ASTOLFO:

Nada, señor, habiendo tú llegado. (Envainan).

SEGISMUNDO:

Mucho, señor, aunque hayas tú venido; yo a ese viejo matar he pretendido.

BASILIO:

¿Respeto no tenías a estas canas?

CLOTALDO:

Señor, ved que son mías, que no importa veréis.

SEGISMUNDO:

Acciones vanas,
querer que tenga yo respeto a canas; pues aun esas podría ser que viese a mis plantas algún día; porque aún no estoy vengado del modo injusto con que me has criado. (Vase).

BASILIO:

Pues antes que lo veas, volverás a dormir adonde creas que cuanto te ha pasado, como fue bien del mundo, fue soñado.

Vanse el REY y CLOTALDO. Quedan ESTRELLA y ASTOLFO.

ASTOLFO:

¡Qué pocas veces el hado que dice desdichas miente, pues es tan cierto en los males cuanto dudoso en los bienes! ¡Qué buen astrólogo fuera, si siempre casos crüeles anunciara, pues no hay duda que ellos fueran verdad siempre! Conocerse esta experiencia en mí y Segismundo puede, Estrella, pues en los dos hizo muestras diferentes. En él previno rigores, soberbias,

desdichas, muertes y en todo dijo verdad,
porque todo, al fin, sucede. Pero en mí (que
al ver, señora esos rayos excelentes, de
quien el sol fue una sombra y el cielo un
amago breve)
que me previno venturas, trofeos,
aplausos, bienes dijo mal y dijo bien;
pues sólo es justo que acierte cuando
amaga con favores y ejecuta con
desdenes.

ESTRELLA:

No dudo que esas finezas son verdades
evidentes; mas serán por otra dama,
cuyo retrato pendiente trujistes al
cuello cuando llegastis, Astolfo, a
verme; y siendo así, esos requiebros
ella sola los merece. Acudid a que ella
os pague; que no son buenos papeles en
el consejo de amor las finezas ni las
fees que se hicieron en servicio de otras
damas y otros reyes.

Sale ROSAURA al paño.

ROSAURA:

(Aparte)

¡Gracias a Dios q[ue] han llegado ya mis
desdichas crüeles al término suyo, pues quien
esto ve nada teme!

ASTOLFO:

Yo haré que el retrato salga del pecho,
para que entre la imagen de tu
hermosura. Donde entra Estrella no
tiene lugar la sombra, ni estrella donde
el sol; voy a traerle. (Aparte) Perdona,
Rosaura hermosa, este agravio, porque
ausentes, no se guardan más fe que ésta
los hombres y las mujeres. (Vase).

ROSAURA:

(Aparte) Nada he podido escuchar,
temerosa que me viese.

ESTRELLA:

Astrea.

ROSAURA:

Señora mía.

ESTRELLA:

Heme holgado que tú fueses la que
llegaste hasta aquí; porque de ti
solamente fiara un secreto.

ROSAURA:

Honras, señora, a quien te obedece.

ESTRELLA:

En el poco tiempo, Astrea, que ha que te
conozco, tienes de mi voluntad las llaves;
por esto, y por ser quien eres, me atrevo a
fiar de ti lo que aun de mí muchas veces
recaté.

ROSAURA:

Tu esclava soy.

ESTRELLA:

Pues, para decirlo en breve, mi primo
Astolfo (bastara que mi primo te dijese,
porque hay cosas que se dicen con
pensarlas solamente) ha de casarse
conmigo, si es que la fortuna quiere que
con una dicha sola tantas desdichas
descuente. Pesóme que el primer día
echado al cuello trujese el retrato de una
dama. Hábléle en él cortésmente; es
galán y quiere bien;
fue por él, y ha de traerle aquí.
Embarázame mucho que él a mí a
dármele llegue. Quédate aquí y cuando
venga le dirás que te le entregue a ti. No
te digo más. Discreta y hermosa eres;
bien sabrás lo que es amor. (Vase).

ROSAURA:

¡Ojalá no lo supiese! ¡Válgame el cielo!
¿Quién fuera tan atenta y tan prudente que

supiera aconsejarse hoy en ocasión tan fuerte? ¿Habrá persona en el mundo a quien el cielo inclemente con más desdichas combata y con más pesares cerque? ¿Qué haré en tantas confusiones, donde imposible parece que halle razón que me alivie, ni alivio que me consuele? Desde la primer desdicha no hay suceso ni accidente que otra desdicha no sea; que unas a otras suceden, herederas de sí mismas. A la imitación del fénix unas de las otras nacen, viviendo de lo que mueren; y siempre de sus cenizas está el sepulcro caliente. Que eran cobardes, decía un sabio, por parecerle que nunca andaba una sola; yo digo que son valientes, pues siempre van adelante, y nunca la espalda vuelven. Quien las llevase consigo, a todo podrá atreverse, pues en ninguna ocasión no haya miedo que le dejen. Dígalo yo, pues en tantas como a mi vida suceden, nunca me he hallado sin ellas, ni se han cansado hasta verme, herida de la fortuna en los brazos de la muerte. ¡Ay de mí! ¿Qué debo hacer hoy en la ocasión presente? Si digo quién soy, Clotaldo, a quien mi vida le debe este amparo y este honor, conmigo ofenderse puede; pues me dice que callando honor y remedio espere. Si no he de decir quién soy a Astolfo, y él llega a verme, ¿cómo he de disimular?

Pues aunque fingirlo intenten la voz, la lengua y los ojos, les dirá el alma que mienten. ¿Qué haré? ¿Mas para qué estudio lo que haré, si es evidente que por más que lo prevenga, que lo estudie y que lo piense, en llegando la ocasión ha de hacer lo que quisiere el dolor? Porque ninguno imperio en sus penas tiene. Y pues a determinar lo que ha de hacer no se atreve el alma, llegue el dolor hoy a su término, llegue la pena a su extremo y salga de dudas y pareceres de una vez; pero hasta entonces ¡valedme, cielos, valedme!

Sale ASTOLFO con el retrato.

ASTOLFO:

Éste es, señora, el retrato; mas ¡ay Dios!

ROSAURA:

¿Qué se suspende Vuestra Alteza? ¿Qué se admira?

ASTOLFO:

De oírte, Rosaura, y verte.

ROSAURA:

¿Yo Rosaura? Hase engañado Vuestra Alteza, si me tiene por otra dama; que yo soy Astrea, y no merece mi humildad tan grande dicha que esa turbación le cueste.

ASTOLFO:

Basta, Rosaura, el engaño, porque el alma nunca miente; y aunque como a Astrea te mire, como a Rosaura te quiere.

ROSAURA:

No he entendido a V[uestra] Alteza, y así no sé responderle. Sólo lo que yo diré es que Estrella (que lo puede ser de Venus) me mandó que en esta parte le espere, y de la suya le diga que aquel retrato me entregue, que está muy puesto en razón, y yo misma se lo lleve. Estrella lo quiere así, porque aun las cosas más leves, como sean en mi daño, es Estrella quien las quiere.

ASTOLFO:

Aunque más esfuerzos hagas, ¡oh qué mal, Rosaura, puedes disimular! Di a los ojos que su música concierten con la voz; porque es forzoso que desdiga y que disuene tan destemplado instrumento, que ajustar y medir quiere la falsedad de quien dice con la verdad de quien siente.

ROSAURA:

Ya digo que sólo espero el retrato.

ASTOLFO:

Pues que quieres llevar al fin el engaño, con él quiero responderte. Dirásle, Astrea, a la Infanta que yo la

estimo de suerte que, pidiéndome un retrato, poca fineza parece enviársele; y así, porque le estime y le precie, le envío el original: y tú llevársele puedes, pues ya le llevas contigo, como a ti misma te lleves.

ROSAURA:

Cuando un hombre se dispone, restado, altivo y valiente a salir con una empresa aunque por trato le entreguen lo que valga más, sin ella necio y desairado vuelve. Yo vengo por un retrato, y aunque un original lleve que vale más, volveré desairada; y así, déme Vuestra Alteza ese retrato, que sin él no he de volverme.

ASTOLFO:

Pues ¿cómo, si no he de darle, le has de llevar?

ROSAURA:

Desta suerte.
Suéltale, ingrato.

ASTOLFO: Es en vano.

ROSAURA:

¡Vive Dios! que no ha de verse en manos de otra mujer.

ASTOLFO:

Terrible estás.

ROSAURA:

Y tú aleve.

ASTOLFO:

Ya basta, Rosaura mía.

ROSAURA:

¿Yo tuya, villano? Mientes.

Sale ESTRELLA.

ESTRELLA:

Astrea, Astolfo, ¿qué es esto?

ASTOLFO:

Aquésta es Estrella.

ROSAURA:

(Aparte) (Déme,
para cobrar mi retrato, ingenio el
amor). Si quieres saber lo que es, yo,
señora, te lo diré.

ASTOLFO:

¿Qué pretendes?

ROSAURA:

Mandásteme que esperase aquí a Astolfo,
y le pidiese un retrato de tu parte. Quedé
sola, y como vienen de unos discursos a
otros las noticias fácilmente, viéndote
hablar de retratos, con su memoria
acordéme de que tenía uno mío en la
manga. Quise verle, porque una persona
sola con locuras se divierte. Cayóseme de
la mano al suelo. Astolfo, que viene a
entregarte el de otra dama, le levantó, y
tan rebelde está en dar el que le pides
que, en vez de dar uno, quiere llevar otro.
Pues el mío aun no es posible volverme
con ruegos y persuasiones, colérica y
impaciente yo se le quise quitar. Aquél
que en la mano tiene es mío; tú lo verás
con ver si se me parece.

ESTRELLA:

Soltad, Astolfo, el retrato. (Quítasele).

ASTOLFO:

Señora...

ESTRELLA:

No son crüeles a la verdad los
matices.

ROSAURA: ¿No es mío?

ESTRELLA:

¿Qué duda tiene?

ROSAURA:

Di q[ue] ahora te entregue el otro.

ESTRELLA:

Toma tu retrato, y vete.

ROSAURA:

(Aparte) Yo he cobrado mi retrato
venga ahora lo que viniere. (Vase).

ESTRELLA:

Dadme ahora el retrato vos que os pedí: que
au[n]que no piense veros ni hablaros jamás, no
quiero, no, que se quede en vuestro poder,
siquiera porque yo tan neciamente lo he pedido.

ASTOLFO:

(Aparte) (¿Cómo puedo
salir de lance tan fuerte?) Aunque quiera,
hermosa Estrella servirte y obedecerte, no
podré darte el retrato que me pides, porque...

ESTRELLA:

Eres villano y grosero amante. No quiero
que me le entregues; porque yo tampoco
quiero, de que yo te le he pedido, con
tomarle, que me acuerdes. (Vase).

ASTOLFO:

¡Oye, escucha, mira, advierte! ¡Válgate
Dios por Rosaura! ¿Dónde, cómo o de
qué suerte hoy a Polonia has venido a
perderme y a perderte? (Vase).

Descúbrese SEGISM[U]NDO como al principio, con pieles y cadena, durmiendo en el suelo.
Salen CLOTALDO, CLARÍN y los dos criados.

CLOTALDO:

Aquí le habéis de dejar, pues hoy su
soberbia acaba donde empezó.

CRIADO 1: Como estaba, la
cadena vuelvo a atar.

CLARÍN

No acabes de despertar,
Segismundo, para verte perder,
trocada la suerte, siendo tu gloria
fingida una sombra de la vida y una
llama de la muerte.

CLOTALDO:

A quien sabe discurrir así, es bien que
se prevenga una estancia donde tenga
harto lugar de argüir. Éste es el que
habéis de asir y en ese cuarto encerrar.

CLARÍN ¿Por qué a
mí?

CLOTALDO:

Porque ha de estar guardado en prisión
tan grave Clarín que secretos sabe,
donde no pueda sonar.

CLARÍN

¿Yo, por dicha, solicito dar muerte a mi
padre? No. ¿Arrojé del balcón yo al Ícaro de
poquito? ¿Yo muero ni resucito? ¿Yo sueño
o duermo? ¿A qué fin me encierran?

CLOTALDO:

Eres Clarín.

CLARÍN

Pues ya digo que seré corneta, y
que callaré, que es instrumento
rüin. (Llévanle).

Sale el REY BASILIO rebozado.

BASILIO:

¿Clotaldo?

CLOTALDO:

Señor, ¿así viene Vuestra
Majestad?

BASILIO:

La necia curiosidad de ver lo
que pasa aquí a Segismundo, ¡ay
de mí!, deste modo me ha traído.

CLOTALDO:

Mírale allí reducido a su
miserable estado.

BASILIO:

¡Ay, príncipe desdichado, y en triste
punto nacido! Llega a despertarle,
ya que fuerza y vigor perdió esos
lotos que bebió.

CLOTALDO:

Inquieto, señor, está y
hablando.

BASILIO: ¿Qué soñará agora?
Escuchemos pues.

SEGISMUNDO:

(En sueños). Piadoso príncipe es el que
castiga tiranos. Muera Clotaldo a mis
manos, bese mi padre mis pies.

CLOTALDO:

Con la muerte me amenaza.

BASILIO:

A mí con rigor y afrenta.

CLOTALDO:

Quitarme la vida intenta.

BASILIO:

Rendirme a sus plantas traza.

SEGISMUNDO:

(En sueños). Salga a la anchurosa plaza del gran teatro del mundo este valor sin segundo: porque mi venganza cuadre, vean triunfar de su padre al príncipe

SEGISMUNDO:

(Despierta).
Mas ¡ay de mí!, ¿dónde estoy?

BASILIO:

(A CLOTALDO).

Pues a mí no me ha de ver.

Ya sabes lo que has de hacer. (Aparte)

Desde allí a escucharte voy. (Retírase).

SEGISMUNDO:

¿Soy yo por ventura? ¿Soy el que preso y aherrojado llego a verme en tal estado? ¿No sois mi sepulcro vos, torre? Sí. ¡Válgame Dios, qué de cosas he soñado!

CLOTALDO:

(Aparte) A mí me toca llegar a hacer la deshecha ahora. ¿Es ya de despertar hora?

SEGISMUNDO:

Sí, hora es ya de despertar.

CLOTALDO:

¿Todo el día te has de estar durmiendo? ¿Desde que yo al águila que voló con tarda vista seguí, y te quedaste tú aquí, nunca has despertado?

SEGISMUNDO:

No, ni aun agora he despertado, que según, Clotaldo, entiendo, todavía estoy durmiendo, y no estoy muy engañado. Porque si ha sido soñado lo que vi

palpable y cierto, lo que veo será
incierto; y no es mucho que rendido, pues
veo estando dormido que sueña estando
despierto.

CLOTALDO:

Lo que soñaste me di.

SEGISMUNDO:

Supuesto que sueño fue, no diré lo que
soñé; lo que vi, Clotaldo, sí. Yo
desperté, y yo me vi (¡qué crueldad tan
lisonjera!) en un lecho que pudiera, con
matices y colores, ser el catre de las
flores que tejó la primavera. Aquí mil
nobles rendidos a mis pies nombre me
dieron de su príncipe, y sirvieron galas,
joyas y vestidos. La calma de mis
sentidos
tú trocaste en alegría, diciendo la dicha mía;
que, aunque estoy desta manera, príncipe en
Polonia era.

CLOTALDO:

Buenas albricias tendría.

SEGISMUNDO:

No muy buenas; por traidor, con pecho
atrevido y fuerte, dos veces te daba
muerte.

CLOTALDO:

¿Para mí tanto rigor?

SEGISMUNDO:

De todos era señor, y de todos me
vengaba. Sólo a una mujer amaba
que fue verdad, creo yo, en que
todo se acabó, y esto solo no se
acaba.

Vase el REY.

CLOTALDO:

(Aparte) (Enternecido se ha ido el Rey de haberle escuchado). Como habíamos hablado de aquella águila, dormido, tu sueño imperios han sido; mas en sueños fuera bien entonces honrar a quien te crió en tantos empeños Segismundo; que aun en sueños no se pierde el hacer bien.

(Vase).

SEGISMUNDO:

Es verdad; pues reprimamos esta fiera condición, esta furia, esta ambición por si alguna vez soñamos. Y sí haremos, pues estamos en mundo tan singular, que el vivir sólo es soñar; y la experiencia me enseña que el hombre que vive sueña lo que es hasta despertar. Sueña el rey que es rey, y vive con este engaño mandando, disponiendo y gobernando; y este aplauso que recibe prestado, en el viento escribe, y en cenizas le convierte la muerte (¡desdicha fuerte!); ¡que hay quien intente reinar, viendo que ha de despertar en el sueño de la muerte! Sueña el rico en su riqueza que más cuidados le ofrece; sueña el pobre que padece su miseria y su pobreza; sueña el que a medrar empieza, sueña el que afana y pretende, sueña el que agravia y ofende; y en el mundo, en conclusión, todos sueñan lo que son, aunque ninguno lo entiende. Yo sueño que estoy aquí destas prisiones cargado, y soñé que en otro estado más lisonjero me vi. ¿Qué es la vida? Un frenesí. ¿Qué es la vida? Una ilusión, una sombra, una ficción, y el mayor bien es pequeño; que toda la vida es sueño, y los sueños, sueños son.

Jornada tercera

Sale CLARÍN.

CLARÍN:

En una encantada torre, por lo que sé, vivo
preso. ¿Qué me harán por lo que ignoro, si por
lo que sé me han muerto? ¡Que un hombre con
tanta ha[m]bre viniese a morir viviendo!

Lástima tengo de mí. Todos dirán:

«Bien lo creo», y bien se puede creer;
pues para mí este silencio no conforma
con el nombre Clarín, y callar no
puedo. Quien me hace compañía
aquí, si a decirlo acierto, son arañas y
ratones. ¡Miren qué dulces jilgueros!
De los sueños desta noche la triste
cabeza tengo llena de mil chirimías, de
trompetas y embelecros. de procesiones,
de cruces, de disciplinantes; y éstos,
unos suben, otros bajan, unos se
desmayan viendo la sangre que llevan
otros. Mas yo, la verdad diciendo, de
no comer me desmayo; que en esta
prisión me veo, donde ya todos los días
en el filósofo leo Nicomedes, y las
noches en el concilio Niceno. Si
llaman santo al callar, como en
calendario nuevo San Secreto es para
mí, pues le ayuno y no le huelgo;
aunque está bien merecido el castigo
que padezco, pues callé, siendo criado,
que es el mayor sacrilegio.
(Ruido de cajas y gente, y dicen dentro).

SOLDADO 1:

Ésta es la torre en que está. Echad la puerta
en el suelo; entrad todos.

CLARÍN:

¡Vive Dios! que a mí me buscan es cierto
pues me dicen que aquí estoy.

¿Qué me querrán?

(Salen los soldados que pudieren).

SOLDADO 1:

Entrad dentro.

SOLDADO 2:

Aquí está.

CLARÍN:

No está.

TODOS.

Señor...

CLARÍN:

¿Si vienen borrachos éstos?

SOLDADO 2:

Tú nuestro príncipe eres; ni
admitimos ni queremos sino al
señor natural, y no príncipe
extranjero. A todos nos da los pies.

TODOS.

¡Viva el gran príncipe n[uest]ro!

CLARÍN:

(Aparte)

¡Vive Dios, que va de veras! ¿Si es
costumbre en este reino prender uno
cada día y hacerle príncipe, y luego
volverle a la torre? Sí, pues cada día lo
veo; fuerza es hacer mi papel.

SOLDADOS.

Danos tus plantas.

CLARÍN: No puedo, porque las he
menester para mí, y fuera defeto
ser príncipe desplantado.

SOLDADO 2:

Todos a tu padre mesmo le dijimos
que a ti solo por príncipe
conocemos, no al de Moscovia.

CLARÍN:

¿A mi padre le perdistis el
respeto?
Sois unos tales por cuales.

SOLDADO 1:

Fue lealtad de nuestros pechos.

CLARÍN:

Si fue lealtad, yo os perdono.

SOLDADO 2:

Sal a restaurar tu imperio. ¡Viva
Segismundo!

TODOS.

¡Viva!

CLARÍN:

(Aparte)

¿Segismundo dicen? Bueno.
Segismundos llaman todos los
príncipes contrahechos

Sale SEGISMUNDO:

SEGISMUNDO:

¿Quién no[m]bra aquí a Segismu[n]do?

CLARÍN:

(Aparte)

¡Mas que soy príncipe huero!

SOLDADO 2:

¿Quién es Segismundo?

SEGISMUNDO:

Yo.

SOLDADO 2:

Pues ¿cómo, atrevido y necio, tú te hacías Segismundo?

CLARÍN:

¿Yo Segismundo? Eso niego. Que vosotros fuistis quien me segismundasteis; luego vuestra ha sido solamente necesidad y atrevimiento.

SOLDADO 1:

Gran príncipe Segismundo (que las señas que traemos tuyas son, aunque por fe te aclamamos señor nuestro), tu padre, el gran rey Basilio, temeroso que los cielos cumplan un hado, que dice que ha de verse a tus pies puesto, vencido de ti, pretende quitarte acción y derecho y dársela a Astolfo, duque de Moscovia. Para esto juntó su corte, y el vulgo, penetrando ya y sabiendo que tiene rey natural, venga a mandarle. Y así, haciendo noble desprecio de la inclemencia del hado, te ha buscado donde preso vives, para que, valido de tus armas y saliendo desta torre a restaurar tu imperial corona y cetro, se la quites a un tirano. Sal, pues; que en ese desierto ejército numeroso de bandidos y plebeyos te aclama. La libertad te espera; oye sus acentos.

VOCES.

¡Viva Segismundo, viva!

SEGISMUNDO:

(Dentro). ¿Otra vez (¿qué es esto, cielos?) queréis que sueñe grandezas que ha de deshacer el tiempo? ¿Otra vez queréis que vea entre sombras y bosquejos la majestad y la pompa desvanecida del viento? ¿Otra vez queréis que toque el desengaño, o el riesgo a que el humano poder nace humilde y vive atento? Pues no ha de ser, no ha de ser. Miradme otra vez sujeto a mi fortuna.

Y pues sé que toda esta vida es sueño, idos,
sombras, que fingís hoy a mis sentidos
muertos cuerpo y voz, siendo verdad que ni
tenéis voz ni cuerpo; que no quiero
majestades fingidas, pompas no quiero.
Fantásticas ilusiones que al soplo menos
ligero del aura han de deshacerse bien
como el florido almendro, que por
madrugar sus flores, sin aviso y sin
consejo, al primer soplo se apagan,
marchitando y desluciendo de sus rosados
capillos belleza, luz y ornamento,
ya os conozco, ya os conozco, y sé que
os pasa lo mismo con cualquiera que se
duerme. Para mí no hay fingimientos;
que, desengañado ya, sé bien que la vida
es sueño.

SOLDADO 2:

Si piensas que te engañamos, vuelve a
ese monte soberbio los ojos, para que
veas la gente que aguarda en ellos para
obedecerte.

SEGISMUNDO: Ya

otra vez vi aquesto mismo tan clara y
distintamente como agora lo estoy
viendo, y fue sueño.

SOLDADO 1:

Cosas grandes siempre, gran señor,
trujeron anuncios; y esto sería, si lo
soñaste primero.

SEGISMUNDO:

Dices bien, anuncio fue; y caso que
fuese cierto, pues que la vida es tan
corta, soñemos, alma, soñemos otra
vez; pero ha de ser con atención y
consejo de que hemos de despertar
deste gusto al mejor tiempo; que
llevándolo sabido, será el desengaño
menos; que es hacer burla del daño
adelantarle el consejo. Y con esta

prevención de que, cuando fuese cierto,
es todo el poder prestado y ha de
volverse a su dueño, atrevámonos a
todo. Vasallos, yo os agradezco la
lealtad; en mí lleváis quien os libre,
osado y diestro, de extranjera
esclavitud. Tocad al arma, que presto
veréis mi inmenso valor. Contra mi
padre pretendo tomar armas y sacar
verdaderos a los cielos; presto he de
verle a mis plantas. (Aparte)
Mas si antes desto despierto ¿no será bien
no decirlo supuesto que no he de hacerlo?

TODOS.
¡Viva Segismundo, viva!

Sale CLOTALDO.

CLOTALDO:
¿Qué alboroto es éste, cielos?

CLOTALDO:
Señor... (Aparte) En mí su
crueldad prueba.

CLARÍN:
(Aparte) Yo apuesto que le despeña
del monte.
(Vase).

CLOTALDO:
A tus reales plantas llego, ya sé que a
morir.

SEGISMUNDO:
Levanta, levanta, padre, del suelo, que
tú has de ser norte y guía de quien fíe
mis aciertos; que ya sé que mi crianza a
tu mucha lealtad debo. Dame los brazos.

CLOTALDO:
¿Qué dices?

SEGISMUNDO:

Que estoy soñando, y que quiero obrar bien,
pues no se pierde obrar bien, aun entre sueños.

CLOTALDO:

Pues, señor, si el obrar bien es ya tu
blasón, es cierto que no te ofenda el que
yo hoy solicite lo mismo. A tu padre has
de hacer guerra. Yo aconsejarte no puedo
contra mi Rey, ni valerte. A tus plantas
estoy puesto; dame la muerte.

SEGISMUNDO:

¡Villano, traidor, ingrato! (Aparte) Mas
¡cielos! reportarme me conviene, que aún
no sé si estoy despierto. Clotaldo, vuestro
valor

os envidio y agradezco. Idos a servir al
Rey, que en el campo nos veremos.
Vosotros, tocad el arma.

CLOTALDO:

Mil veces tus plantas beso. (Vase).

SEGISMUNDO:

A reinar, fortuna, vamos; no me
despiertes, si duermo, y si es verdad, no
me duermas. Mas, sea verdad o sueño,
obrar bien es lo que importa. Si fuere
verdad, por serlo; si no, por ganar amigos
para cuando despertemos. (Vanse, y tocan
el arma).

Salen el REY BASILIO y ASTOLFO.

BASILIO:

¿Quién, Astolfo, podrá parar prudente la furia de un
caballo desbocado? ¿Quién detener de un río la
corriente que corre al mar, soberbio y despeñado?
¿Quién un peñasco suspender, valiente, de la cima de
un monte, desgajado? Pues todo fácil de parar ha
sido, y un vulgo no, soberbio y atrevido. Dígalo en
bandos el rumor partido, pues se oye resonar en lo

profundo de los montes el eco repetido, unos
«Astolfo» y otros «Segismundo». El dosel de la jura,
reducido a segunda intención, a horror segundo,
teatro funesto es, donde importuna representa
tragedias la fortuna.

ASTOLFO:

Suspéndase, señor, el alegría, cese el aplauso y gusto
lisonjero que tu mano feliz me prometía; que si
Polonia (a quien mandar espero) hoy se resiste a la
obediencia mía, es porque la merezca yo primero.
Dadme un caballo, y de arrogancia lleno rayo
descienda el que blasona trueno. (Vase).

BASILIO:

Poco reparo tiene lo infalible, y mucho riesgo lo
previsto tiene; si ha de ser, la defensa es imposible, que
quien la excusa más, más la previene.
¡Dura ley! ¡Fuerte caso! ¡Horror terrible! Quien piensa que
huye el riesgo, al riesgo viene, con lo que yo guardaba me he
perdido; yo mismo, yo mi patria he destruido.

Sale ESTRELLA.

ESTRELLA.

Si tu presencia, gran señor, no trata de enfrenar el
tumulto sucedido, que de uno en otro bando se
dilata, por las calles y plazas dividido, verás tu
reino en ondas de escarlata nadar, entre la púrpura
teñido de su sangre; que ya con triste modo, todo es
desdichas y tragedias todo. Tanta es la ruina de tu
imperio, tanta la fuerza del rigor duro y sangriento,
que visto admira y escuchado espanta. El sol se
turba y se embaraza el viento; cada piedra una
pirámide levanta y cada flor construye un
monumento; cada edificio es un sepulcro altivo,
cada soldado un esqueleto vivo.

Sale CLOTALDO.

CLOTALDO ¡Gracias a Dios que vivo a tus pies
llego!

BASILIO:

Clotaldo, pues ¿qué hay de Segismundo?

CLOTALDO:

Que el vulgo, monstruo despeñado y ciego, la torre penetró, y de lo profundo della sacó su príncipe, que luego que vio segunda vez su honor segundo, valiente se mostró, diciendo fiero que ha de sacar al cielo verdadero.

BASILIO:

Dadme un caballo, porque yo en persona vencer valiente a un hijo ingrato quiero; y en la defensa ya de mi corona, lo que la ciencia erró venza el acero.
(Vase).

ESTRELLA.

Pues yo al lado del sol seré Belona. Poner mi nombre junto al tuyo espero; que he de volar sobre tendidas alas a competir con la deidad de Palas.
(Vase, y tocan al arma).

Sale ROSAURA y detiene a CLOTALDO.

ROSAURA:

Aunque el valor q[ue] se encierra en tu pecho desde allí dé voces, óyeme a mí; que yo sé que todo es guerra. Ya sabes que yo llegué pobre, humilde y desdichada a Polonia, y amparada de tu valor, en ti hallé piedad. Mandásteme ¡ay cielos! que disfrazada viviese en palacio, y pretendiese, disimulando mis celos, guardarme de Astolfo. En fin él me vio, y tanto atropella mi honor q[ue], viéndome, a Estrella de noche habla en un jardín. Déste la llave he tomado, y te podrá dar lugar de que en él puedas entrar a dar fin a mi cuidado. Aquí altivo, osado y fuerte, volver por honor podrás, pues que ya resuelto estás a vengarme con su muerte.

CLOTALDO:

Verdad es que me incliné, desde el punto que te vi, a hacer, Rosaura, por ti (testigo tu llanto fue) cuanto mi vida pudiese. Lo primero que intenté quitarte aquel traje fue, porque, si Astolfo te viese, te viese en tu propio traje, sin juzgar a liviandad la

loca temeridad que hace del honor ultraje.
En este tiempo trazaba cómo cobrar se
pudiese tu honor perdido, aunque fuese
(tanto tu honor me arrestaba) dando
muerte a Astolfo. ¡Mira qué caduco
desvarío! Si bien, no siendo rey mío, ni
me asombra ni me admira. Darle pensé
muerte, cuando Segismundo pretendió
dármela a mí, y él llegó, su peligro
atropellando, a hacer en defensa mía
muestras de su voluntad que fueron
temeridad, pasando de valentía. Pues,
¿cómo yo agora (advierte), teniendo alma
agradecida, a quien me ha dado la vida le
tengo que dar la muerte? Y así, entre los
dos partido el efeto y el cuidado, viendo
que a ti te la he dado, y que dél la he
recibido, no sé a qué parte acudir, no sé
qué parte ayudar; si a ti me obligué con
dar, dél lo estoy con recibir. Y así, en la
acción que se ofrece, nada a mi amor
satisface, porque soy persona que hace y
persona que padece.

ROSAURA:

No tengo que prevenir que en un varón
singular, cuanto es noble acción el dar
es bajeza el recibir. Y este principio
asentado, no has de estarle agradecido,
supuesto que si él ha sido el que la vida
te ha dado, y tú a mí, evidente cosa
es que él forzó tu nobleza a que hiciese
una bajeza, y yo una acción generosa.
Luego estás dél ofendido, luego estás de
mí obligado, supuesto que a mí me has
dado lo que dél has recibido; y así debes
acudir a mi honor en riesgo tanto, pues yo
le prefiero cuanto va de dar a recibir.

CLOTALDO:

Aunque la nobleza vive de la parte del
que da, el agradecerla está de parte del
que recibe; y pues ya dar he sabido, ya
tengo con nombre honroso el nombre de

generoso. Déjame el de agradecido, pues
le puedo conseguir siendo agradecido
cuanto liberal, pues honra tanto el dar
como el recibir.

ROSAURA:

De ti recibí la vida, y tú mismo me
dijiste, cuando la vida me diste, que la
que estaba ofendida no era vida. Luego
yo nada de ti he recibido; pues muerte,
no vida, ha sido la que tu mano me dio.
Y si debes ser primero liberal que
agradecido (como de ti mismo he oído),
que me des la vida espero, que no me la
has dado, y pues el dar engrandece más,
sé antes liberal; serás agradecido
después.

CLOTALDO:

Vencido de tu argumento, antes liberal
seré. Yo, Rosaura, te daré mi hacienda, y
en un convento vive; que está bien
pensado el medio que solicito; pues
huyendo de un delito te recoges a un
sagrado; que cuando, tan dividido, el reino
desdichas siente, no he de ser quien las
aumente, habiendo noble nacido. Con el
remedio elegido soy con el reino leal, soy
contigo liberal, con Astolfo agradecido; y
así escogerle te cuadre, quedándose entre
los dos, que no hiciera ¡vive Dios! más,
cuando fuera tu padre.

ROSAURA:

Cuando tú mi padre fueras, sufriera
esa injuria yo; pero no siéndolo, no.

CLOTALDO:

Pues ¿qué es lo q[ue] hacer esperas?

ROSAURA:

Matar al Duque.

CLOTALDO: Una dama que padre
no ha conocido ¿tanto valor ha

tenido?

ROSAURA:

Sí.

CLOTALDO:

¿Quién te alienta?

ROSAURA:

Mi fama.

CLOTALDO:

Mira que a Astolfo has de ver...

ROSAURA:

Todo mi honor lo atropella.

CLOTALDO:

... tu rey, y esposo de Estrella.

ROSAURA:

¡Vive Dios que no ha de ser!

CLOTALDO:

Es locura.

ROSAURA:

Ya lo veo.

CLOTALDO:

Pues véncela.

ROSAURA:

No podré.

CLOTALDO:

Pues perderás...

ROSAURA:

Ya lo sé.

CLOTALDO:

... vida y honor.

ROSAURA:
Bien lo creo.

CLOTALDO:
¿Qué intentas?

ROSAURA:
Mi muerte.

CLOTALDO:
Mira que eso es despecho.

ROSAURA:
Es honor

CLOTALDO:
Es desatino.

ROSAURA:
Es valor.

CLOTALDO.
Es frenesí.

ROSAURA:
Es rabia, es ira.

CLOTALDO:
En fin, ¿que no se da medio a tu ciega
pasión?

ROSAURA:
No.

CLOTALDO:
¿Quién ha de ayudarte?

ROSAURA: Yo

CLOTALDO:
¿No hay remedio?

ROSAURA:
No hay remedio.

CLOTALDO:

Piensa bien si hay otros modos...

ROSAURA:

Perderme de otra manera. (Vase).

CLOTALDO.

Pues has de perderte, espera, hija, y
perdámonos todos. (Vase).

Tocan y salen, marchando, SOLDADOS, CLARÍN y SEGISMUNDO, vestido de pieles.

SEGISMUNDO:

Si este día me viera
Roma en los triunfos de su edad primera,
¡oh, cuánto se alegrara, viendo lograr una
ocasión tan rara de tener una fiera
que sus grandes ejércitos rigiera, a cuyo
altivo aliento
fuera poca conquista el firmamento! Pero el vuelo
abatamos, espíritu. No así desvanecemos aqueste
aplauso incierto, si ha de pesarme cuando esté
despierto de haberlo conseguido para haberlo
perdido; pues mientras menos fuere menos se
sentirá si se perdiere. (Dentro, un clarín).

CLARÍN:

En un veloz caballo (perdóname, que fuerza es el
pintallo en viniéndome a cuento), en quien un mapa se
dibuja atento, pues el cuerpo es la tierra, el fuego el
alma que en el pecho encierra, la espuma el mar, el aire
su suspiro, en cuya confusión un caos admiro, pues en
el alma, espuma, cuerpo, aliento, monstruo es de fuego,
tierra, mar y viento, de color remendado, rucio, y a su
propósito rodado del que bate la espuela y en vez de
correr vuela, a tu presencia llega airosa una mujer.

SEGISMUNDO:

Su luz me ciega.

CLARÍN:

¡Vive Dios que es Rosaura! (Vase).

SEGISMUNDO:

El cielo a mi presencia la restaura.

Sale ROSAURA, con vaquero, espada y daga.

ROSAURA:

Generoso Segismundo cuya majestad
heroica sale al día de sus hechos de la
noche de sus sombras; y como el mayor
planeta que en los brazos de la aurora se
restituye luciente
a las flores y a las rosas, y sobre mares y
montes, cuando coronado asoma, luz esparce,
rayos brilla, cumbres baña, espumas borda; así
amanezcas al mundo, luciente sol de Polonia,
que a una mujer infelice, que hoy a tus plantas
se arroja, ampara por ser mujer y desdichada,
dos cosas que, para obligar a un hombre que de
valiente blasona, cualquiera de las dos basta, de
las dos cualquiera sobra. Tres veces son las que
ya me admiras, tres las que ignoras quién soy,
pues las tres me has visto en diverso traje y
forma. La primera me creíste varón, en la
rigurosa prisión, donde fue tu vida de mis
desdichas lisonja. La segunda me admiraste
mujer, cuando fue la pompa de tu majestad un
sueño, una fantasma, una sombra. La tercera es
hoy, que siendo monstruo de una especie y otra,
entre galas de mujer armas de varón me
adornan. Y porque compadecido mejor mi
amparo dispongas, es bien que de mis sucesos
trágicas fortunas oigas. De noble madre nací en
la corte de Moscovia, que, según fue
desdichada, debió de ser muy hermosa. En ésta
puso los ojos un traidor, que no le nombra mi
voz por no conocerle, de cuyo valor me informa
el mío; pues siendo objeto de su idea, siento
ahora no haber nacido gentil, para persuadirme
loca, a que fue algún dios de aquéllos que en
metamorfosis lloran, lluvia de oro, cisne y toro,
Dánae, Leda y Europa. Cuando pensé que
alargaba, citando alevés historias, el discurso,
hallo que en él te he dicho en razones pocas que
mi madre, persuadida a finezas amorosas, fue
como ninguna bella, y fue infeliz como todas.

Aquella necia disculpa de fe y palabra de esposa
la alcanza tanto que aun hoy el pensamiento la
cobra, habiendo sido un tirano tan Eneas de su
honra que la dejó hasta la espada. Enváinese
aquí su hoja, que yo la desnudaré
antes que acabe la historia. Deste, pues, mal
dado nudo que ni ata ni aprisiona, o
matrimonio o delito, si bien todo es una cosa,
nací yo tan parecida, que fui un retrato, una
copia, ya que en la hermosura no, en la dicha y
en las obras; y así no habré menester decir
que, poco dichosa heredera de fortunas, corrí
con ella una propia. Lo más que podré decirte
de mí es el dueño que roba los trofeos de mi
honor, los despojos de mi honra. Astolfo... ¡Ay
de mí!, al nombrarle se encoleriza y se enoja el
corazón, propio efeto de que enemigo se
nombra. Astolfo fue el dueño ingrato que
olvidado de las glorias (porque en un pasado
amor se olvida hasta la memoria), vino a
Polonia, llamado de su conquista famosa, a
casarse con Estrella, que fue de mi ocaso
antorcha. ¿Quién creará que, habiendo sido
una Estrella quien conforma dos amantes, sea
una Estrella la que los divida agora? Yo
ofendida, yo burlada, quedé triste, quedé loca,
quedé muerta, quedé yo, que es decir que
quedó toda la confusión del infierno cifrada en
mi Babilonia;

y declarándome muda (porque hay penas y
congojas que las dicen los afectos mucho
mejor que la boca) dije mis penas callando,
hasta que una vez a solas Violante mi madre
¡ay cielos! rompió la prisión, y en tropa del
pecho salieron juntas, tropezando unas con
otras. No me embaracé en decirlas; que en
sabiendo una persona que a quien sus
flaquezas cuenta ha sido cómplice en otras,
parece que ya le hace la salva y le desahoga;
que a veces el mal ejemplo sirve de algo. En
fin, piadosa oyó mis quejas, y quiso
consolarme con las propias. Juez que ha
sido delincuente, ¡qué fácilmente perdona!

Y escarmentando en sí misma (que por dejar a la ociosa libertad, al tiempo fácil el remedio de su honra, no le tuvo en mis desdichas), por mejor consejo toma que le siga y que le obligue, con finezas prodigiosas, a la deuda de mi honor; y para que a menos costa fuese, quiso mi fortuna q[ue] en traje de hombre me ponga. Descolgó una antigua espada que es ésta que ciño. Agora es tiempo que se desnude, como prometí, la hoja, pues confiada en sus señas

me dijo: «Parte a Polonia, y procura que te vean ese acero que te adorna los más nobles; que en alguno podrá ser que hallen piadosa acogida tus fortunas y consuelo tus congojas.» Llegué a Polonia en efeto. Pasemos, pues que no importa el decirlo, y ya se sabe que un bruto que se desboca me llevó a tu cueva, adonde tú de mirarme te asombras. Pasemos que allí Clotaldo de mi parte se apasiona, que pide mi vida al Rey, que el Rey mi vida le otorga, que informado de quién soy, me persuade a que me ponga mi propio traje, y que sirva a Estrella, donde ingeniosa estorbé el amor de Astolfo y el ser Estrella su esposa. Pasemos que aquí me viste otra vez confuso, y otra con el traje de mujer confundiste entrambas formas; y vamos a que Clotaldo, persuadido a que le importa que se casen y que reinen Astolfo y Estrella hermosa, contra mi honor me aconseja que la pretensión disponga. Yo, viendo que tú, ¡oh valiente Segismundo!, a quien hoy toca la venganza, pues el cielo quiere que la cárcel rompas desa rústica prisión, donde ha sido tu persona al sentimiento una fiera, al sufrimiento una roca, las armas contra tu patria y contra tu padre tomas, vengo a ayudarte, mezclando entre las galas costosas de Dïana, los arneses de Palas, vistiendo agora ya la tela y ya el acero, q[ue] entrambos juntos me adornan. Ea, pues, fuerte caudillo, a los dos juntos importa impedir y

deshacer estas concertadas bodas; a mí porque no se case el que mi esposo se nombra, y a ti porque, estando juntos sus dos estados, no pongan con más poder y más fuerza en duda nuestra vitoria. Mujer, vengo a persuadirte el remedio de mi honra, y varón, vengo a alentarte a que cobres tu corona. Mujer, vengo a enternecerte cuando a tus plantas me ponga, y varón, vengo a servirte cuando a tus gentes socorra. Mujer, vengo a que me valgas en mi agravio y mi congoja, y varón, vengo a valerte con mi acero y mi persona. Y así piensa que si hoy como a mujer me enamoras, como varón te daré la muerte en defensa honrosa de mi honor; porque he de ser, en su conquista, amorosa, mujer para darte quejas, varón para ganar honras.

SEGISMUNDO:

(Aparte)

(Cielos, si es verdad que sueño, suspendedme la memoria, que no es posible que quepan en un sueño tantas cosas. ¡ Válgame Dios! ¡Quién supiera o saber salir de todas, o no pensar en ninguna! ¿Quién vio penas tan dudosas? Si soñé aquella grandeza en que me vi, ¿cómo agora esta mujer me refiere unas señas tan notorias? Luego fue verdad, no sueño; y si fue verdad, que es otra confusión y no menor, ¿cómo mi vida le nombra sueño? Pues ¿tan parecidas a los sueños son las glorias que las verdaderas son tenidas por mentirosas, y las fingidas por ciertas? ¿Tan poco hay de unas a otras que hay cuestión sobre saber si lo que se ve y se goza es mentira o es verdad? ¿Tan semejante es la copia al original que hay duda en saber si es ella propia? Pues si es así, y ha de verse desvanecida entre sombras la grandeza y el poder, la majestad y la pompa, sepamos aprovechar este rato que nos toca, pues sólo se goza en ella

lo que entre sueños se goza. Rosaura está en mi poder, su hermosura el alma adora. Gocemos, pues, la ocasión; el amor las leyes rompa del valor y confianza con que a mis plantas se postra. Esto es sueño; y pues lo es, soñemos dichas agora, que después serán pesares. Mas con mis razones propias vuelvo a convencerme a mí. Si es sueño, si es vanagloria, ¿quién por vanagloria humana pierde una divina gloria? ¿Qué pasado bien no es sueño? ¿Quién tuvo dichas heroicas que entre sí no diga, cuando las revuelve en su memoria: «sin duda que fue soñado cuanto vi»? Pues si esto toca mi desengaño, si sé que es el gusto llama hermosa que le convierte en cenizas cualquiera viento que sopla, acudamos a lo eterno; que es la fama vividora, donde ni duermen las dichas, ni las grandezas reposan. Rosaura está sin honor; más a un príncipe le toca el dar honor que quitarle. ¡Vive Dios! que de su honra he de ser conquistador antes que de mi corona. Huyamos de la ocasión, que es muy fuerte). ¡Al arma toca, que hoy he de dar la batalla, antes que las negras sombras sepulten los rayos de oro entre verdinegras ondas!

ROSAURA:

Señor, ¿pues así te ausentas? ¿Pues ni una palabra sola no te debe mi cuidado, no merece mi congoja? ¿Cómo es posible, señor, que ni me mires ni oigas?
¿Aun no me vuelves el rostro?

SEGISMUNDO:

Rosaura, al honor le importa por ser piadoso contigo, ser cruel contigo agora. No te responde mi voz, porque mi honor te responda; no te hablo, porque quiero que te hablen por mí mis obras; ni te miro, porque es fuerza, en pena tan rigurosa, que no mire tu hermosura quien ha de mirar tu honra. (Vanse).

ROSAURA:

(Aparte)

¿Qué enigmas, cielos, son éstas?

Después de tanto pesar, ¡aún me queda que dudar con equívocas respuestas!

Sale CLARÍN.

CLARÍN:

Señora, ¿es hora de verte?

ROSAURA:

¡Ay, Clarín! ¿Dónde has estado?

CLARÍN:

En una torre, encerrado
brujuleando mi muerte, y si me da, o no me da; y a figura que me diera pasante quínola fuera mi vida; que estuve ya para dar un estallido.

ROSAURA:

¿Por qué?

CLARÍN:

Porque sé el secreto de quién eres, y en efeto, (Dentro, cajas). Clotaldo... Pero ¿qué ruido es éste?

ROSAURA:

¿Qué puede ser?

CLARÍN:

Que del palacio sitiado sale un escuadrón armado a resistir y vencer el del fiero SEGISMUNDO:

ROSAURA:

Pues ¿cómo cobarde estoy y ya a su lado no soy un escándalo del mundo, cuando ya tanta crueldad cierra sin orden ni ley?

(Vase).

DENTRO UNOS:

¡Viva n[uest]ro invicto Rey!

DE[N]TRO OTROS:

¡Viva nuestra libertad!

CLARÍN:

¡La libertad y el Rey vivan! Vivan
muy enhorabuena, que a mí nada me
da pena, como en cuenta me reciban;
que yo, apartado este día en tan grande
confusión, haga el papel de Nerón que
de nada se dolía. Si bien me quiero
doler de algo, y ha de ser de mí;
escondido, desde aquí toda la fiesta he
de ver. El sitio es oculto y fuerte entre
estas peñas. Pues ya la muerte no me
hallará, dos higas para la muerte.
(Escó[n]dese. Suena ruido de armas).

Salen el REY, CLOTALDO y ASTOLFO, huyendo.

BASILIO:

¿Hay más infelice rey?

¿Hay padre más perseguido?

CLOTALDO:

Ya tu ejército vencido baja sin tino
ni ley.

ASTOLFO:

Los traidores vencedores quedan.

BASILIO:

En batallas tales los que vencen son
leales, los vencidos los traidores.
Huyamos, Clotaldo, pues, del crüel,
del inhumano rigor de un hijo
tirano.

Disparan dentro, y cae CLARÍN, herido, de donde está.

CLARÍN:

¡Válgame el cielo!

ASTOLFO:

¿Quién es este infelice soldado que a
nuestros pies ha caído en sangre todo
teñido?

CLARÍN:

Soy un hombre desdichado, que por
quererme guardar de la muerte, la busqué.
Huyendo della, topé con ella, pues no hay
lugar para la muerte secreto. De donde
claro se arguye de quien más su efeto
huye es quien se llega a su efeto. Por eso
tornad, tornad a la lid sangrienta luego;
que entre las armas y el fuego hay mayor
seguridad que en el monte más guardado;
que no hay seguro camino a la fuerza del
destino y a la inclemencia del hado. Y así,
aunque a libraros vais de la muerte con
hüir, mirad que vais a morir,
si está de Dios que muráis. (Cae dentro).

BASILIO:

Mirad que vais a morir, si está de Dios que
muráis. ¡Qué bien, ay cielos, persuade
nuestro error, nuestra ignorancia, a mayor
conocimiento este cadáver que habla por la
boca de una herida, siendo el humor que
desata sangrienta lengua que enseña que son
diligencias vanas del hombre cuantas
dispone contra mayor fuerza y causa! Pues
yo, por librar de muertes y sediciones mi
patria, vine a entregarla a los mismos de
quien pretendí librarla.

CLOTALDO:

Aunque el hado, señor, sabe todos los
caminos, y halla a quien busca entre lo
espeso de dos penas, no es cristiana
determinación decir que no hay reparo a
su saña. Sí hay, que el prudente varón
vitoria del hado alcanza; y si no estás

reservado de la pena y la desgracia, haz
por donde te reserves.

ASTOLFO:

Clotaldo, señor, te habla como
prudente varón que madura edad
alcanza, yo como joven valiente.

Entre las espesas ramas dese monte está
un caballo, veloz aborto del aura; huye
en él, que yo entre tanto te guardaré las
espaldas.

BASILIO:

Si está de Dios que yo muera, o si la
muerte me aguarda, aquí, hoy la quiero
buscar, esperando cara a cara.

Tocan al arma, y sale SEGISMUNDO y toda la compañía.

SEGISMUNDO:

En lo intrincado del monte, entre sus
espesas ramas, el Rey se esconde.
Seguilde, no quede en sus cumbres planta
que no examine el cuidado, tronco a
tronco, y rama a rama.

CLOTALDO:

¡Huye, señor!

BASILIO:

¿Para qué?

ASTOLFO:

¿Qué intentas?

BASILIO:

Astolfo, aparta.

CLOTALDO:

¿Qué intentas?

BASILIO:

Hacer, Clotaldo,
un remedio que me falta. Si a mí
buscándome vas, ya estoy, príncipe, a tus
plantas; sea dellas blanca alfombra esta
nieve de mis canas. Pisa mi cerviz, y huella
mi corona; postra, arrastra mi decoro y mi
respeto; toma de mi honor venganza;
sírrete de mí cautivo; y tras prevenciones
tantas cumpla el hado su homenaje,
cumpla el cielo su palabra.

SEGISMUNDO:

Corte ilustre de Polonia, que de
admiraciones tantas sois testigos,
atended, que vuestro príncipe os habla.
Lo que está determinado del cielo, y en
azul tabla Dios con el dedo escribió, de
quien son cifras y estampas tantos
papeles azules que adornan letras
doradas, nunca miente, nunca engaña,
porque quien miente y engaña es quien,
para usar mal dellas, las penetra y las
alcanza. Mi padre, que está presente, por
excusarse a la saña de mi condición, me
hizo un bruto, una fiera humana; de
suerte que, cuando yo por mi nobleza
gallarda, por mi sangre generosa, por mi
condición bizarra, hubiera nacido dócil y
humilde, sólo bastara
tal género de vivir, tal linaje de crianza, a
hacer fieras mis costumbres.
¡Qué buen modo de estorbarlas!
Si a cualquier hombre dijese: «Alguna fiera
inhumana te dará muerte», ¿escogiera buen
remedio en despertalla cuando estuviese
durmiendo? Si dijera: «Esta espada que
traes ceñida ha de ser quien te dé la muerte»,
vana diligencia de evitarlo fuera entonces
desnudarla y ponérsela a los pechos. Si
dijese: «Golfos de agua han de ser tu
sepultura en monumentos de plata», mal
hiciera en darse al mar, cuando soberbio
levanta rizados montes de nieve, de cristal
crespas montañas. Lo mismo le ha sucedido

que a quien, porque le amenaza una fiera, la despierta; que a quien, temiendo una espada la desnuda; y que a quien mueve las ondas de una borrasca; y cuando fuera (escuchadme) dormida fiera mi saña, templada espada mi furia, mi rigor quieta bonanza, la fortuna no se vence con injusticia y venganza, porque antes se incita más. Y así, quien vencer aguarda a su fortuna, ha de ser con prudencia y con templanza. No antes de venir el daño se reserva ni se guarda quien le previene; que aunque puede humilde (cosa es clara) reservarse dél, no es sino después que se halla en la ocasión, porque aquesta no hay camino de estorbarla. Sirva de ejemplo este raro espectáculo, esta extraña admiración, este horror, este prodigio; pues nada es más que llegar a ver, con prevenciones tan varias, rendido a mis pies a un padre, y atropellado a un monarca. Sentencia del cielo fue; por más que quiso estorbarla él no pudo, ¿y podré yo que soy menor en las canas, en el valor y en la ciencia vencerla? Señor, levanta, dame tu mano; que ya que el cielo te desengaña de que has errado en el modo de vencerle, humilde aguarda mi cuello a que tú te vengues, rendido estoy a tus plantas.

BASILIO

Hijo, que tan noble acción otra vez en mis entrañas te engendra, príncipe eres. A ti el laurel y la palma se te deben. Tú venciste; corónente tus hazañas.

TODOS.

¡Viva Segismundo, viva!

SEGISMUNDO:

Pues que ya vencer aguarda mi valor grandes vitorias, hoy ha de ser la más alta vencerme a mí. Astolfo dé la mano

luego a Rosaura, pues sabe que de su honor es deuda y yo he de cobrarla.

ASTOLFO:

Aunque es verdad que la debo obligaciones, repara que ella no sabe quién es; y es bajeza y es infamia casarme yo con mujer...

CLOTALDO:

No prosigas, tente, aguarda; porque Rosaura es tan noble como tú, Astolfo, y mi espada lo defenderá en el campo; que es mi hija, y esto basta.

ASTOLFO:

¿Qué dices?

CLOTALDO:

Que yo hasta verla casada, noble y honrada, no la quise descubrir. La historia desto es muy larga; pero, en fin, es hija mía.

ASTOLFO:

Pues siendo así, mi palabra cumpliré.

SEGISMUNDO:

Pues, porq[ue] Estrella no quede desconsolada, viendo que príncipe pierde de tanto valor y fama, de mi propia mano yo con esposo he de casarla que en méritos y fortuna si no le excede, le iguala. Dame la mano.

ESTRELLA. Yo gano
en merecer dicha tanta.

SEGISMUNDO:

A Clotaldo, que leal sirvió a mi padre, le aguardan mis brazos, con las mercedes que él pidiere que le haga.

SOLDADO 1:

Si así a quien no te ha servido honras, ¿a mí, que fui causa del alboroto del reino, y de la torre en que estabas te saqué, qué me darás?

SEGISMUNDO:

La torre; y porque no salgas della nunca hasta morir, has de estar allí con guardas; que el traidor no es menester siendo la traición pasada.

BASILIO:

Tu ingenio a todos admira.

ASTOLFO:

¡Qué condición tan mudada!

ROSAURA:

¡Qué discreto y qué prudente!

SEGISMUNDO:

¿Qué os admira? ¿Qué os espanta, si fue mi maestro un sueño, y estoy temiendo en mis ansias que he de despertar y hallarme otra vez en mi cerrada prisión? Y cuando no sea, el soñarlo sólo basta; pues así llegué a saber que toda la dicha humana, en fin, pasa como sueño. Y quiero hoy aprovecharla el tiempo que me durare, pidiendo de nuestras faltas perdón, pues de pechos nobles es tan propio el perdonarlas.

Freeditorial 